



Vista del castillo de Zorita de los Canes (Guadalajara).

(Grabado de la obra *Castillos y Tradiciones Feudales de la Península Ibérica*, por Bisso)

BOLETIN

DE LA

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

N.º 40

PRIMER TRIMESTRE

AÑO XI-1963

BOLETIN DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

Director:

Luis de Armiñán Odriozola.

Redactor Jefe:

Angel Dotor Municio.

Secretario:

José Rico de Estasen.

Consejo de Redacción:

Federico Bordejé Garcés, Clemente Sáenz García, José Sanz y Díaz, Ger-
vasio Velo y Nieto, Leonardo Villena Pardo y Florentino Zamora Lucas.

AÑO X

ENERO - FEBRERO - MARZO 1963

N.º 40

Depósito legal. M. 941. 1958.

S U M A R I O

	<u>Págs.</u>
Editorial: Los castillos de España.	3
Un gran pintor de castillos, por Angel Dotor	5
Castillos, torres y fortalezas de Toledo y su provincia en el siglo XVI (1575-1578), por Fernando Jiménez de Gregorio.....	13
La Alhambra, castillo moro, por Celestino M. López- Castro.....	27
Fortalezas olvidadas: Castro Caldelas, por Narciso Pei- nado	41
Conferencias: El castillo, fuente de cultura y riqueza..	47
Noticiario, por A. D.	51
Bibliografía, por A. D., L. V. y J. M. Z.	57

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

PRESIDENCIA DE HONOR

S. E. D. Francisco Franco Bahamonde,
Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos.

JUNTA DIRECTIVA NACIONAL PARA 1963

Presidente

Excmo. Sr. D. Antonio del Rosal y Rico, Marqués de Sales

Vicepresidentes

Excmo. y Rvdmo. P. Juan R. de Legisima.
Excmo. Sr. D. Juan Antonio Gamazo y Abarca, Conde de Gamazo.
Excmo. Sr. D. Iñigo de Arteaga y Falguera, Duque del Infantado.

Secretario General

Sr. D. Arturo Grau Fernández.

Secretario Adjunto

Ilmo. Sr. D. José Rico de Estasen.

Tesorero

Ilmo. Sr. D. Florentino Gómez Ruimonte.

Contador-Interventor

Ilmo. Sr. D. Gervasio Velo y Nieto.

Archivero-Bibliotecario

Ilmo. Sr. D. Florentino Zamora Lucas.

Vocales

Ilmo. Sr. D. Federico Bordejé y Garcés.
Excmo. Sr. D. Angel Dotor y Municipio.
Excmo. Sr. D. José Sanz y Diaz.
Ilmo. Sr. D. Leonardo Villena Pardo.
Ilmo. Sr. D. Fernando Moreno Barberá.
Excmo. Sr. D. Clemente Sáenz García.
Sr. D. Leocadio Zafra Hernández.
Ilmo. Sr. D. Juan Manuel Zapatero López-Anaya.
Ilmo. Sr. D. Casto Fernández-Shaw.
Ilmo. Sr. D. José Ignacio Arrillaga Sánchez.
Excmo. Sr. D. José Camón Aznar.
Ilmo. Sr. D. Alvaro Cavestany y de Anduaga.
Excmo. Sr. D. Joaquín de Miguel Cabrero.
Ilmo. Sr. D. Francisco Pons Sorolla.
Excmo. Sr. D. Ramón Rivas Martínez.
Sr. D. Valeriano Rosales España.

Asesor Técnico: Ilmo. Sr. D. Antonio Prast.

Oficinas:

Plaza Mayor, 27, 3.º Teléfono 221-24-54

MADRID - 12

(Horario: de 5 a 9 de la tarde.)

Editorial

LOS CASTILLOS DE ESPAÑA

Los castillos de España.—La variedad de tipos de castillos es en nuestra patria formidable, pudiéndose afirmar que ningún otro país ha sido (y, a pesar de las destrucciones del tiempo y los hombres, sigue siendo) más adecuado para seguir la evolución del castillo como auténtica pieza militar.

La razón es bien sencilla y común a la cultura, ciencia y arte medievales. Mientras Europa, tras la caída del Imperio romano y el asentamiento de los pueblos bárbaros, se debatía en lo que comúnmente se llama «época negra», España, convertida en cabeza del Islam occidental, acumulaba el arte y la ciencia del mundo clásico y fundía en su crisol peninsular razas, temperamentos y culturas, dando lugar a la civilización hispanoárabe, sin igual, tanto en arte como en ciencia. Así elevaba fortificaciones de acuerdo con las más puras tradiciones griegas y bizantinas, mientras en Europa subsistía el castillete de madera sobre un cúmulo o mole de tierra, rodeado de fosos y empalizadas. Este fue el único tipo de fortificación empleado por los normandos en la conquista de Inglaterra y por los franceses, hasta Ricardo *Corazón de León*.

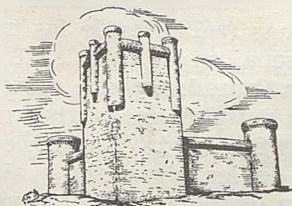
La variedad de influencias presentes en nuestra civilización se puede seguir fácilmente en nuestros castillos, lamentablemente ruinosos. Junto a las citáneas de los fenicios, los castros romanos, las fortificaciones suevas y godas, se alzan, ya en los siglos X y XI, los típicos castillos hispanoárabes, con su torre principal, o del homenaje, unida a las murallas, sus característicos merlones en punta, sus peculiares y clásicas torres pentagonales y albarranas (salientes de las murallas), etc.

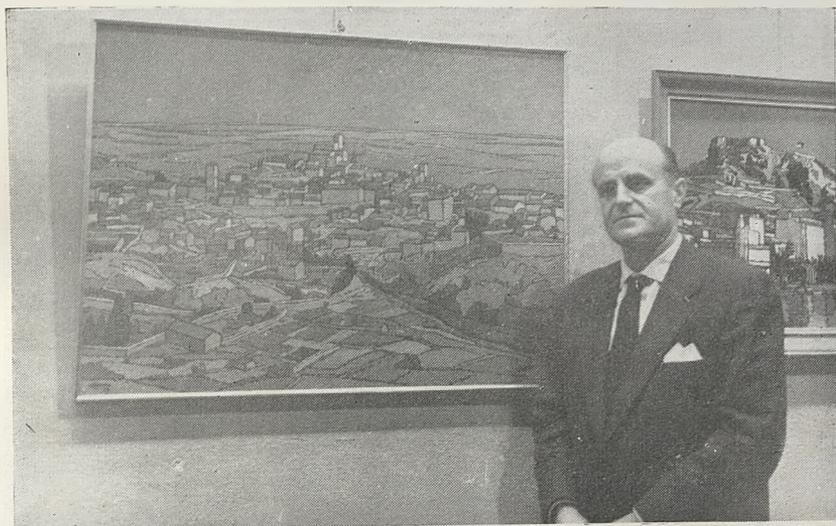
Sólo cuando Europa, en el siglo XIII, se asoma al mundo clásico, gracias a las Cruzadas, podrá «descubrir» todas las ventajas de los castillos musulmanes y cristianos de nuestra patria, si bien estos últimos eran rudos y sencillos frente a la elegancia y refinamiento de las alcazabas y alcahazares andaluces. Pero, al igual que en otros campos, el mudéjar es también algo original y exclusivo de nuestra patria, que levanta, ya en pleno siglo XV, cuando la pólvora amenaza al castillo tradicional, joyas como el castillo de Coca.

Cuando, al fin, se logra la unidad española, los nobles, conocedores de las ventajas que en el extranjero tienen los señores feudales, tratan de implantarlas, los reyes sucesivos lo impiden, si bien a costa de desmochar, o destruir sus castillos. Pero también gracias a ello nuestros castillos no son transformados en palacios y se conservan, si es que no están arruinados, en todo su sabor militar.

El remozamiento espiritual y cultural que experimenta nuestra patria ha provocado un nuevo interés por estos monumentos, encauzado en la Asociación Española de Amigos de los Castillos. Estos fueron declarados, en bloque, monumentos de interés nacional por Decreto de 22 de abril de 1949. El aniversario de este Decreto ha sido celebrado por la Asociación como Día de los Castillos. Por todo ello son, poco a poco, respetados, conservados y estimados. Pero es preciso facilitar su acceso, visita y descripción al turista, al estudioso o al simple curioso. Así aumentará su estimación moral y material y se convencerán unos y otros que su conservación y consolidación, además de ser un sagrado deber nacional, regional y local, puede ser, sabiamente planeado, una inversión inteligente y rentable. Ejemplos loables ha dado el Ministerio de Agricultura, la Sección Femenina y algunas Diputaciones.

Artículo aparecido en la gran revista «Ibérica» de Barcelona, número 464. Es para nosotros sumamente grato que una publicación de tan acreditado rango en la cultura científica hispánica conceptúe con tales tino y acierto lo que representan los castillos y la significación de cuanto en la tarea de conocerlos y conservarlos ha tenido nuestra Asociación. Parece innecesario señalar nuestra complacencia en reproducirlo aquí, y lo agradecidos que estamos a «Ibérica».





Luis Sánchez Martínez entre dos de sus cuadros más representativos:
«Vista de Sepúlveda» y «Castillo de Alicante».

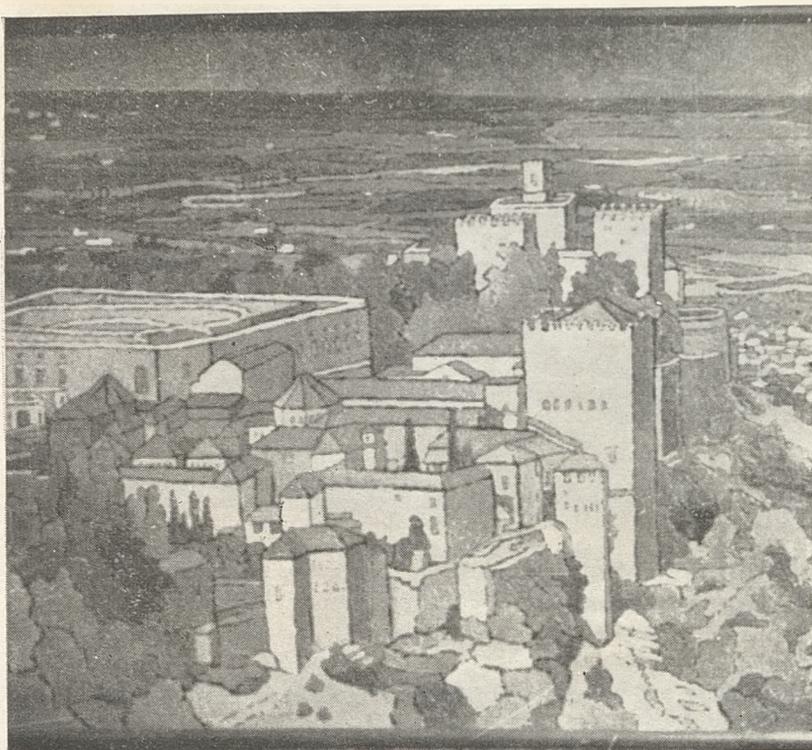
Un gran pintor de castillos

Por ANGEL DOTOR

HE aquí en Luis Sánchez Martínez el artista hoy más apasionadamente vocado a la interpretación pictórica de las viejas fortalezas españolas, dado el considerable número de las que ya ha llevado al lienzo con su inspirado pincel. Por esta razón consideramos de interés contribuir a que sea conocido de nuestros lectores, máxime al tratarse de asociado a nuestra entidad, cuya personalidad y labor merecen sinceros elogios.

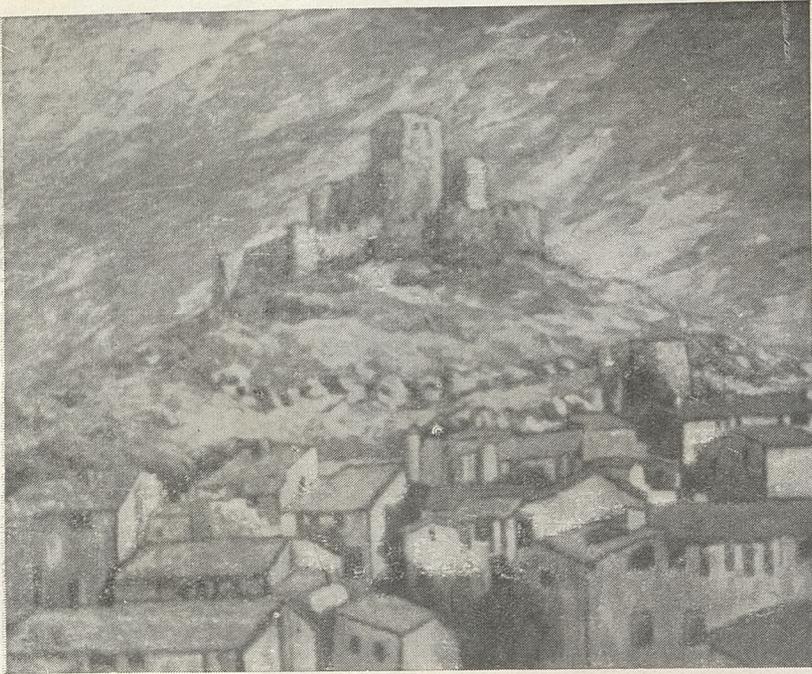
En puridad, Luis Sánchez es un enamorado de los temas cardinales del alma y el suelo patrios reflejados en la conjunción de naturaleza e historia. Castilla le cautiva y de aquí que, aunque no abriera en ella los ojos a la luz, con tanta dedicación y tan decidido entusiasmo la exalte en sus lienzos. Si bien en menor proporción, también cultiva la temática de otras regiones peninsulares.

Luis Sánchez nació en Bilbao el 2 de abril de 1913. Su in-



La Alhambra de Granada, por Luis Sánchez.
(Bilbao. Colección Díez Oquendo.)

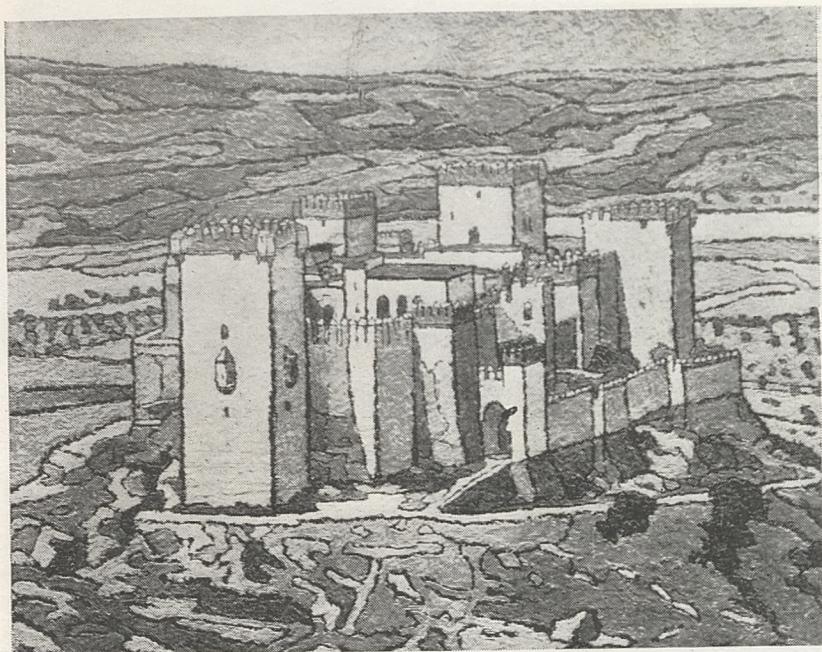
fancia y primera juventud transcurrieron en el típico barrio de las «siete calles» de la gran e industriosa ciudad norteña, cuyo costumbrismo tan unido se halla al recuerdo de célebres figuras vizcainas como son Unamuno, Arriaga, Orueta, Garci-Arcelus y otros escritores. Alumno de la escuela de Iturrubide, no tardó en poner de manifiesto su ingénita aptitud para el dibujo y la pintura, llamando sus obras infantiles la atención de cuantos tenían ocasión de verlas. En un acto escolar de exaltación cervantina copió en el encerado, con simple tiza blanca, un cuadro de Moreno Carbonero representativo de una escena del *Quijote*, y tanto por la exactitud de su dibujo como dada la prontitud en terminarlo, constituyó su trabajo un verdadero triunfo, concediéndosele el primer premio, que supuso, además, la satisfacción de que fuera reproducido el dibujo por un diario local. No es extraño que personas entendidas de en-



Vista del castillo de Ibi, por Luis Sánchez.
(Bilbao. Colección C. González.)

tonces le aconsejaron aprovechara tan patentes dotes para el cultivo pictórico, consagrándose decididamente a su estudio. Pese a ello, surgieron en él otras solicitaciones artísticas, como fueron el canto, la música y la literatura, que se sobrepusieron a la de la pintura, quedando así ésta relegada. Durante ocho años figuró en la Schola Cantorum bilbaina, dirigida por el maestro Zubizarreta, hoy gran músico, actuando algún tiempo como solista. Simultaneaba el estudio musical, siguiéndolo con tan lucido aprovechamiento que cada año aprobaba dos cursos, y contando aún corta edad compuso una Salve. También denotó excelentes aptitudes para el cultivo literario, como lo pone de manifiesto que le fuera publicado un cuento en la página artística del diario *El Nervión*, trabajo al que siguieron otros, aparecidos en periódicos bilbaínos y madrileños.

Pero no tardaría en renacer en él la sugestión de la pintura. Quien ya en 1928 vio publicado en el diario *La Tarde*, de su ciudad natal, un dibujo, recién hecho a pluma, que representaba la vista del viejo puente de Valmaseda, decidióse a



Castillo de Almodóvar del Río, por Luis Sánchez.

cultivarla, acometiendo su estudio concienzudo, a fondo, de manera autodidáctica, mediante intuición y reflexión, contemplando paisajes y monumentos y viendo obras de grandes maestros existentes en los museos españoles. Por ello, su producción inicial fue parva, como lo denota que en 1934 sólo considerase de algún valor dos cuadros que puso a la venta en un establecimiento bilbaíno. El trienio de la guerra civil impuso un paréntesis en su actividad; pero, advenida la paz, prosiguió Luis Sánchez con decidido propósito su estudio y preparación, y cuando se creyó en condiciones, por haber madurado el propio concepto de su arte, la fidelidad a sí mismo, lanzóse a su peregrinar por ciudades y pueblos, por campos y serranías, principalmente de Castilla, la región por él bienamada como genitora de la raza, el idioma y la nacionalidad, y no tardó en contar con numerosos cuadros, plasmación de su espíritu captador del paisaje y el alma de la tierra madre, de sus agrupaciones urbanas y rurales y de sus monumentos. Ese apasionado amor a Castilla constituye trasunto no sólo de su ascendencia familiar, sino también de sus copiosas lecturas de grandes prosistas y poetas en ella nacidos o que de ella escribieron, así

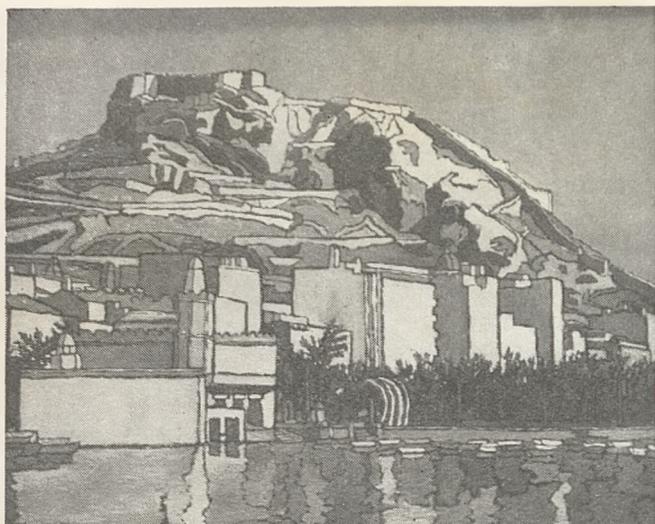


Vista del castillo de Medina de Pomar, por Luis Sánchez.

(Bilbao. Colección Varela.)

como de sus viajes por la misma y del ejemplo que le brindaban insignes pintores que, aunque oriundos, como él, de otras regiones, sintieron atraídos por el espíritu de aquélla, e, interpretándola, alcanzaron la gloria. Luis Sánchez refiere un hecho anecdótico revelador a este respecto. En uno de sus viajes a Sevilla, tanto le cautivó el paisaje al atravesar el tren la llanura manchega, que al parar el convoy en una pequeña estación no dudó en apearse, decidido, con el equipaje, que dejó en una modesta fonda donde tendría su residencia durante dos días, tiempo que aprovechó en tomar apuntes de aquellos parajes, los cuales le permitieron después pintar cuatro cuadros de asuntos castellanos, a costa del consiguiente retraso en llegar a la capital andaluza.

En 1955 hizo su primera exposición individual en la Sala Arthogar, de Bilbao, siendo saludado por la crítica y el público con unánimes elogios. A dicha exposición siguieron varias más individuales, alternando con numerosos certámenes colectivos nacionales en los que figuraron obras suyas, tales (por citar algunos) que el IV Salón de Otoño, de Valencia; la Exposición



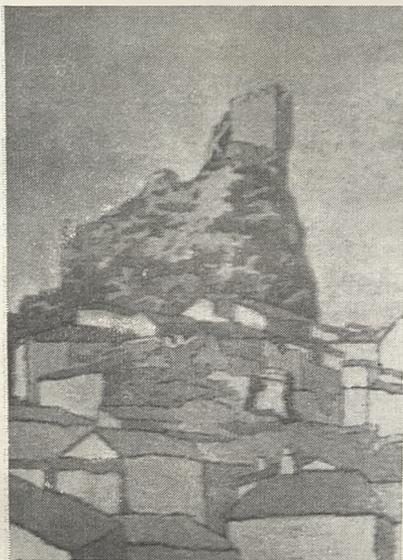
El castillo de Alicante, por Luis Sánchez.

Nacional, de Alicante; la XI Exposición de Otoño de la Real Academia de Bellas Artes, de Sevilla; la Nacional de Pintura, de Madrid; la I Bienal de Pintura, de Zaragoza; la III Exposición Manchega de Pinturas Plásticas, de Valdepeñas, y el XX Salón de Otoño del Círculo de Bellas Artes, de Palma de Mallorca. La última exposición individual que ha celebrado ha sido la de octubre de 1962, en Pamplona (Salón del Museo de Navarra). En cuanto al extranjero, fue seleccionado, con las más prestigiosas firmas de la moderna pintura nacional, para la gran exposición organizada por el Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno español en las ciudades portuguesas de Lisboa y Oporto, con el título de «Veinte Años de Pintura Contemporánea Española», que tuvo resonancia internacional. En la «I Gran Semana Cultural y Artística» de Bilbao, del año 1959, obtuvo el Tercer Premio Interprovincial de Pintura. Como final de este conjunto de datos biográfico-informativos, señalaremos que Luis Sánchez pertenece a la Asociación Artística Vizcaína, de Bilbao; al Movimiento Artístico del Mediterráneo, de Valencia; a la Asociación Nacional de Pintores y Escultores, de Madrid, y a la Societé des Amis du Louvre, de París, y que es miembro de honor de la Arriaga Society of America, de Golden (Colorado). Existen obras suyas en diversos museos e importantes colecciones particulares de Bilbao, Madrid, Valencia, Sevilla y otras ciudades. Actualmente prepara una exposición indivi-

dual, que se celebrará en Barcelona durante la próxima primavera; otra en Madrid, para después, y su asistencia a varios certámenes colectivos a los que ha sido invitado.

* * *

Tiene para sí quien esto escribe que, aparte de ilustres artistas que brindaron de forma ocasional y esporádica algunas interpretaciones pictóricas de castillos, los tres pintores que con verdadera dedicación se han sentido atraídos por el sugestivo tema de nuestra arquitectura castrense han sido Carlos Lezcano, Francisco Núñez Losada y Luis Sánchez Martínez.



Vista del castillo de Frías,
por Luis Sánchez

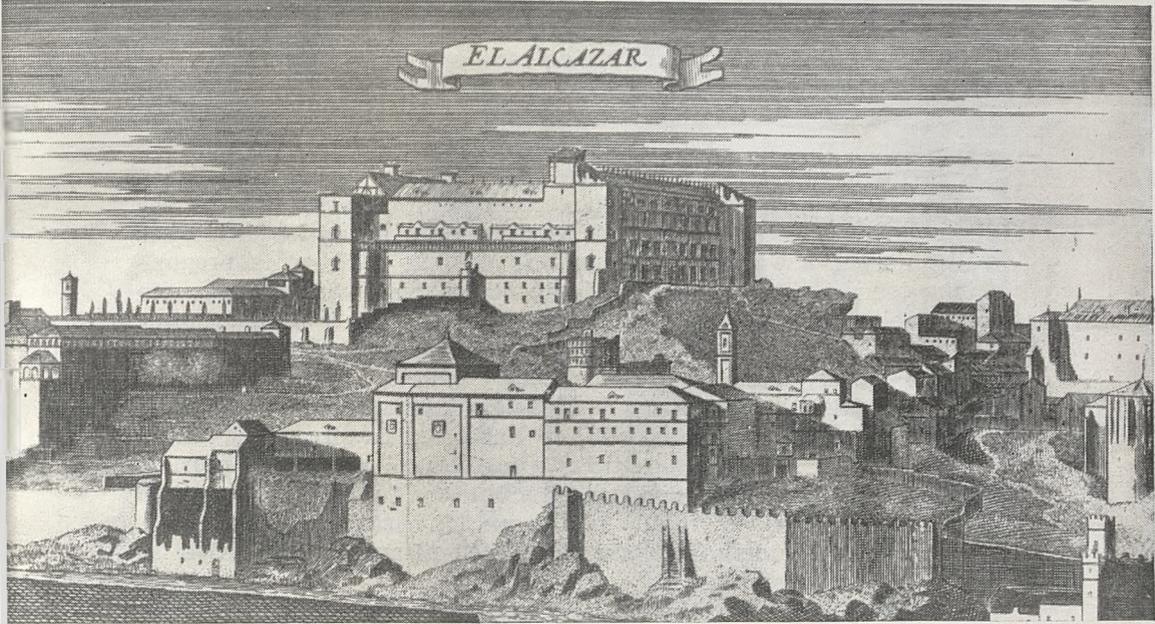
(Bilbao. Colección Torres.)

Ahora que, según es sabido, asistimos con alborozo a un acrecer del general entusiasmo por el conocimiento, el respeto y la admiración que los castillos merecen—lo cual, ciertamente, vamos logrando en grado superior al que pudimos imaginar hace sólo dos lustros—, es de inexcusable justicia rendir aquí un tributo encomiástico a los mismos. El primero de dichos grandes pintores falleció en 1929, y a su memoria se ha celebrado una importante exposición retrospectiva hace poco en el Instituto de Cultura Hispánica, con ocasión de la cual proclamósele como precursor de la exaltación pictórica de los cas-

tillos. Respecto a Núñez Losada, sus magníficos óleos de castillos han figurado en diversas exposiciones, donde fue admirado el dominio expresivo de este insigne maestro de paisajistas, que con su magisterio de muchos años en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando tanto ha contribuido también a ese enaltecimiento del suelo hispano y el patrimonio monumental en él conservado. Y en cuanto a Sánchez Martínez, consideramos que tiene bien merecida esa denominación que le damos de *pintor de castillos*, pues ningún otro artista entre los actuales denota sentirse tan atraído hacia la interpretación pictórica de los mismos. Son numerosos sus cuadros de tan sugestiva temática—varios de los cuales ilustran este artículo—, por lo que tan frecuente es que figuren algunos de ellos en las exposiciones que el pintor organiza, o a las que el mismo concurre, donde merecen idénticos ditirambos que sus paisajes, vistas de ciudades, bodegones o naturalezas muertas y otras composiciones.

Es ya larga la serie de juicios exteriorizados por críticos, diarios, revistas y emisoras radiofónicas españolas y extranjeros acerca de la personalidad y la obra de Luis Sánchez Martínez, quien, todavía joven, ha de alcanzar aún mayores éxitos en premio a su vocación meritísima y honesto quehacer, aureolados con vigoroso empeño y patente entusiasmo. Se ha dicho de él que representa una madurez espontánea; pero, sin embargo, resulta más apropiado considerarle como un temperamento que se ha formado lentamente, a tenor de lo que denotan los datos biográficos sumariamente expuestos en la semblanza que precede. Como su aprendizaje ha sido exclusivamente autodidáctico y de indeclinable independencia, el personal concepto que del arte pictórico revelan sus cuadros pone de manifiesto un eclecticismo que le excluye de todo sometimiento, de toda específica adscripción a determinada escuela, corriente o tendencia. Cabe decir que cúmplase en él aquella mágica sentencia del divino Rubén, cuando señaló que no hay escuelas, sino poetas (al igual, en este caso, artistas), y que quien en verdad lo es encuentra la belleza bajo todas las formas. Luis Sánchez Martínez domina plenamente el dibujo, uno de los elementos fundamentales para ser buen pintor, lo cual le permite componer con soltura, trasladando fielmente al lienzo cuanto capta su aguda retina. Así aparece matizado sobriamente el conjunto de las tonalidades, con lo que resulta una construcción a la vez original, segura y rítmica que proclama la armonía entre expresividad concreta y poético aliento subjetivo.

EL ALCAZAR



Toledo.— El Alcázar y sus aledaños al finalizar el siglo XVII.

(Del Mapa del Cardenal Portocarrero.)

Castillos, torres y fortalezas de Toledo y su provincia en el siglo XVI (1575-1578)

Por FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO

UNA de las más pródidas fuentes para el estudio del ambiente castellano en la segunda mitad del siglo XVI, nos la ofrece la encuesta que, por orden de Felipe II (1), se hace a todos los

(1) Carmelo Viñas y Ramón Paz: *Relaciones Histórico-geográfico-estadísticas de los pueblos de España hechas por iniciativa de Felipe II. Reino de Toledo*, 1.ª parte. Institutos «Balmes», de Sociología, y «Juan Sebastián Elcano», de Geografía. C. S. de I. C. Madrid, 1951.

Está a punto de publicarse la 2.ª parte del Reino de Toledo. Nosotros hemos utilizado este tomo en rama, que generosamente nos facilita don Ramón Paz, al que agradecemos vivamente el hecho.

F

Ayuntamientos de Castilla, para conocer una serie de detalles geográficos, históricos, económicos, sociales y militares, entre ellos las fortalezas y castillos de cada uno de esos pueblos.

Superada la guerra de los castillos ya en la época que comentamos (2), venidos a menos, alejados de sus fuertes recintos sus poderosos señores naturales, que van edificando en la nueva capital de la monarquía hispánica sus casas palaciegas, los castillos figuran en el cuestionario de asuntos a responder por los hombres más viejos o eruditos de los diferentes Concejos. Así, en el interrogatorio del año 1575, en la pregunta treinta y tres, se dice: «Los castillos, torres y fortalezas que en el pueblo y jurisdicción de él hubiere y la fábrica y materiales de que son, con relación de armas y municiones que en ella hubiese.» La pregunta treinta y cuatro se refiere a los alcaldes de esas fortalezas y castillos. Tres años después, en el interrogatorio del año 1578, se habla, en la pregunta veintinueve, de los mismos castillos y fortalezas, pero ya se suprime todo lo referente a las armas y municiones y nada se pregunta sobre los alcaldes; lo que indica que los castillos estaban prácticamente indefendidos, sin guarnición ni armamento, salvo las fortalezas costeras (3).

En plena decadencia y abandono, es interesante su reseña, porque han pasado ya de la heroica actividad militar a la del recuerdo más o menos novelado. Los castillos toledanos, en la segunda mitad del siglo XVI, son ya pura arqueología, pero todavía no venerables y románticas ruinas, en la mayor parte de los casos.

Creemos de interés traer aquí un resumen de las respuestas sobre los castillos que vienen a completar otro artículo nuestro, publicado en estas acogedoras páginas, referido también a ciertos castillos en la décimosexta centuria (4).

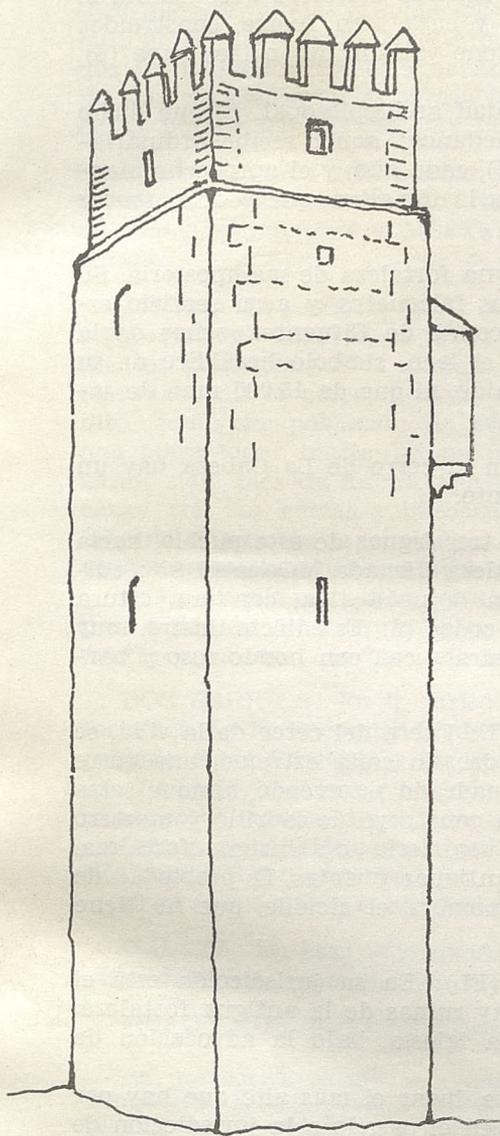
ALCAUDETE DE LA JARA: Una antigua torre de piedra y cal, situado en la huerta de Hernán Duque de Estrada (5).

(2) Gregorio Marañón: *Los castillos en las comunidades de Castilla*. Asociación Española de Amigos de los Castillos, Madrid, 1957. Aparte, páginas 3 y 4.

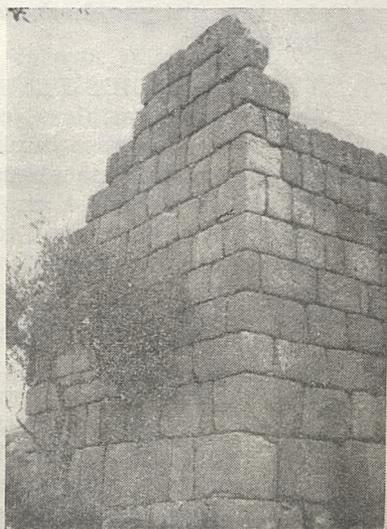
(3) Estas sí estaban defendidas y puestas al día, porque Felipe II organizó una defensa estática de las costas españolas, a base de torres de señales, castillos y villetas fortificadas, que servirían para avisar y rechazar las sorpresas de los piratas berberiscos. Se valió Felipe II, entre otros, para fortificar las costas, del ingeniero italiano, al servicio de España, Vespasiano Gonzaga.

(4) «Una visita a las fortalezas del Arzobispado de Toledo a comienzos del siglo XVI, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*. Madrid, 1958.

(5) Señor feudal talaverano, con ricas posesiones en la comarca de La Jara, situada al suroeste del Reino de Toledo.



Navalmoralejo. — La Ciudad de Vascos. Detalle del arranque de la puerta.



Pormenor del aparejo de una parte de la muralla de la Ciudad de Vascos.

Alcaudete de la Jara. — La torre medieval.
(Reconstrucción.)

Dibujo de E. Castaños.

ALMONACID DE TOLEDO: Encima del cerro que domina el caserío se levanta un castillo y casa bien fuerte, construídos de piedra, ladrillo y cal. No tiene ya sino dos o tres tiros (6), inútiles, sin munición.

El alcaide le pone la dignidad archiepiscopal, porque dicho castillo es de los prelados toledanos; aquél recibe ordinariamente de salario 20.000 mrs. (7), cada año, y el aprovechamiento de ciertas tierras en torno a la fortaleza, que podrán rentar unos 30.000 mrs.

BARCIENCE: Se conserva una fortaleza de mampostería. Su armamento consiste en algunos falconetes, y a su servicio escasa munición. Pertenece al conde de Cifuentes, señor de la villa. En la fortaleza campea el león, simbolo heráldico de su propietario, quien nombra alcaide, al que da 15.000 mrs. de salario anual.

CABEZA MESADA (LA): En el cerro de La Cabeza hay un castillo, construído de cal y canto.

CARPIO DE TAJO (EL): A tres leguas de este pueblo, hacia el Sur, se encuentra una fortaleza llamada MONTALBAN; edificada sobre el río Torcón en la peña viva, con una altura desde el río al castillo de cien codos (8). Es edificio ilustre, muy fuerte y antiguo, hecho de piedra y cal, con hondo foso y barbana.

CASARRUBIOS DEL MONTE: Fuera del cerco de la villa, se levanta una fortaleza, cuadrada; en cada extremo, una torre rodeada de un foso también cuadrado y torreado, aunque estas defensas están inacabadas. Se construyó de ladrillo y mortero de cal. Si estuviera en buen uso, sería una insigne fortaleza. Sus armas son pocas y todas antiguas y viejas. Es propiedad de don Francisco Chacón; éste nombra el alcaide, que no tiene salario fijo.

CASTILLO DE BAYUELA (EL): En su jurisdicción está el cerro del castillo, en donde hay ruinas de la antigua fortaleza. Se conserva en ese lugar una iglesia, bajo la advocación de Nuestra Señora del Castillo.

En la sierra de San Vicente, lugar el más alto que hay por este territorio, que perteneció en el pasado a la jurisdicción de la villa, hay un castillo en su cumbre, llamado de San Vicente,

(6) En el artículo citado en la nota cuatro se dan las significaciones de las armas ofensivas y defensivas; a él remitimos al lector para evitar inútiles repeticiones.

(7) En la equivalencia actual, vale tres pesetas y media.

(8) El codo equivale a 0,575 m.

desde donde se divisan las tierras de Talavera y de Toledo. Se dice que fue monasterio de los Templarios (9). Está en lugar que, de ser fortificado, resultaría inexpugnable. Tiene a los lados dos torreones caídos. En cuanto a los epitafios antiguos, hay un toro de piedra en el paraje de La Magdalena, y más arriba de la puerta del castillo hay otro; antaño estaban fronteros.

CAUDILLA: En este pueblo se construyó una fortaleza torreada, con su cerca y foso, rodeado de piedra tosca. Carece de armas, municiones y de alcaide; no tiene aprovechamiento alguno.

CIUDAD DE VASCOS (LA): A un cuarto de legua de Fuente-lapio (10), al Sudeste, se halla un edificio antiguo, conocido por los labriegos por la ciudad de Bascos o Vascos, de piedra labrada todo el cerco, aunque parte esté caído. Por su ámbito, debió ser población de 500 ó más vecinos. Es probable que fuera lugar fuerte, porque la cerca tenía, por algunos lugares, siete pies de ancho. Quedan testimonios del castillo-alcázar con sus cercas y barbacanas, todo de piedra muy bien labrada. Fuera de la ciudad se advierten construcciones abovedadas, como de baños o aljibes.

Se localiza la ciudad en las agrestes riberas del río Juso (11), poco antes de verter en el Tajo. En la muralla se abre una sola puerta y junto al río hay una fortaleza terriza.

DOS BARRIOS: En la jurisdicción de esta villa se ubica la fortaleza de la Encomienda de Monreal (12), a una legua del poblado entre Poniente y Mediodía. Se levanta en un cerro de áspero suelo, menos en su lado Norte. La fábrica es de cal y mampuesto. Carece de aljibes. Se guardan en él cuatrocientas cincuenta picas, algunas alabardas, ciento veinte escopetas, varios coseletes y morriones.

El alcaide le pone el comendador de Monreal.

GALVEZ: En esta villa queda una casa caída, sin armas ni otras defensas, conocida por la Fortaleza.

GUADAMUR: Tiene un castillo de muy buena fábrica y he-

(9) Realmente lo que se funda no es una dependencia de los Templarios, sino la Abadía canonical de San Vicente de la Sierra, con canónigos regulares de San Rufo, de origen francés. Se funda entre el 1156 y el 1158.

(10) Vascos es un despoblado actualmente en el término de Navalmorealejo; nada tiene que ver el toponimo *Vascos* con el pueblo de ese nombre; se origina aquél en el vocablo árabe *Waqqas*.

(11) Hoy se le conoce por Huso, o sea, *rio de abajo*; referido a que desemboca al sur del Tajo.

(12) De la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén.

chura, con foso circular. Posee armas antiguas, de tiros de hierro colado y de bronce, así como escopetas. El alcaide le pone el conde de Fuensalida; el mismo le paga el salario.

HERENCIAS (LAS): En su término se conserva una torre llamada de Ben-Cacón; toda de ladrillo y muy antigua.

MALPICA: En las riberas del Tajo, en su parte septentrional, se localiza el castillo, de planta cuadrada, con cuatro torres macizas en sus esquinzos, hechas de tierra; entre dos de ellas hay otra grande y poderosa. Los muros de la fortaleza son de tierra y ladrillo, y está cercado por un muro de piedra y cal. Las armas se reducen a una culebrina de bronce que aloja a una bola, «como a una naranja, y dos cañones de los llamados pedreros, de hierro, pero mal aderezados».

El alcaide le nombra don Francisco de Rivera, señor de Malpica y su castillo; en los años que historiamos lo era Martín Gómez, que recibe de su señor, como salario, por ese cargo, 50.000 mrs.

MASCARAQUE: El castillo de cal y canto se levanta en un llano, al pie de la iglesia parroquial; conservaba el aljibe y un pozo. La mazmorra se ubica en la torre del homenaje. El puente levadizo sirve a la torre y al patio del castillo; dentro de esa torre hay otro puente levadizo más.

Las armas que en él se guardaban constituían un pequeño arsenal; a saber: siete culebrinas y tiros de bronce, doce escopetas, otros tantos ballestones que se armaban con torno, buena cantidad de saetillas de pino, dos picas, ochenta pelotas de piedra blanca, veinticuatro paveses grandes, diez coseletes viejos y otros pedazos de armas.

El alcaide lo era Alonso Méndez, nombrado por don Antonio de Luna, regidor de Toledo, señor del castillo. Vale la alcaidía 20.000 mrs.; teniendo la exención el alcaide de no poder ser cargado con huéspedes ni con los repartimientos de maravedises, a los que estaban obligados los hombres buenos pecheros.

MAQUEDA: Hay que distinguir la villeta o fortaleza urbana y el castillo.

Fortaleza urbana: La villeta aparecía cercada por un muro con tres muy antiguas torres «a manera de flautas», de cincuenta pies. Dentro de esas torres había algunas casas. De largo media dos tiros de ballesta, y de anchura, poco menos de una. Ocupaba un lugar dominante sobre el resto del caserío. La fábrica está hecha de cal y canto. En el muro se advertían algunos torreones hechos de tierra, más antiguos que el resto de

7

la villeta. Las hojas de las puertas de acceso eran de madera, con armadura de hierro, pero que cuando se describen habían desaparecido. Flanqueando una de las puertas se ve la torre de don Pedro, grande y pentagonal. La otra puerta se defiende con la torre del homenaje. Antes de entrar en la fortaleza hay otra torre bien dispuesta con dos puertas, una de hojas de madera. Todas ellas son fuertes y hechas de cal y mampostería.

El castillo: Al este de la villeta descrita se localiza el castillo, también de cal y piedra, de fábrica muy nueva. Su planta es cuadrada, con cuatro torres circulares flanqueando las esquinas; los lienzos miden de ochenta a noventa pasos, con quince pies de gruesos. Las puertas, de hierro.

Quedan dos viejas torres adosadas al muro, respetadas por lo que tienen de antigüedad; a más de haberse criado en ellas las infantas hijas de Juan II, que murieron todos muy niñas. Se llama esta torre de Palazuelos; en donde se ven las armas de don Gutierre de Cárdenas.

En el castillo hay algunos trabucos pequeños, arcabuces rotos y ballestas.

Los últimos alcaides han sido, en tiempo de don Gutierre y de su esposa, doña Teresa Enríquez (13), los señores de Maqueda, y de su fortaleza, Tomás Gaitán y su hijo Juan Dávila Higuera. Vale la alcaidía 50.000 mrs., sin otra ventaja que la derivada de vivir en el castillo. En los años que historiamos era señor de estos dominios don Bernardino de Cárdenas, duque de Maqueda (14) y marqués de Elche.

NAVAHERMOSA: A media legua del caserío había un castillo derribado.

NOMINCHAL (15): En el término de este pueblo, a media legua larga del caserío, se halla un viejo y maltratado castillo, de mampostería, ladrillo y cal que se nombra CANALES, propiedad de los arzobispos de Toledo, con sus propiedades, consistentes en tierras de labor, alamedas, riberas y caza de conejos, lo que supone unos beneficios de 50.000 mrs.

El alcaide obtiene un salario de 200 ducados.

OCAÑA: La villa aparecía en el tiempo que comentamos cer-

(13) Llamada *la Loca del Sacramento*; fundó un convento en Torrijos, en donde se conserva su cuerpo; el objeto principal de aquella fundación fue dar culto a Jesús Sacramentado.

(14) Se había concedido este título a don Diego de Cárdenas Enríquez, en el 1529.

(15) Hoy conocido por Lominchar y antes por Villa Nueva de la Sagra.



El Puente del Arzobispo.—Las torres defensivas.

(Dibujo de E. Castaños.)

cada casi toda con tapiería. La antigua torre bien labrada, se había caído. Lo principal de ella era un bóveda de cañón. hecha de cal y piedra menuda. Su armamento consistía en unas lombardas. El comendador de Ocaña solía poner en la fortaleza un alcaide, pero entonces no le había, al carecer de aposento; el salario era muy reducido.

OLMOS (16): Encima de unas agrias rocas, dominando el Guadarrama, se levantan las ruinas del castillo, «del cual se dice por averiguado que reinando el rey don Juan el II porque en este castillo se acogían ladrones y robadores, le mandó el dicho rey derribar y así está derribado y no hay en él algunas bóvedas y aljibes».

ORGAZ: Su fortaleza, intramuros, es de piedra berroqueña, con mortero de cal y arena; carece de armas.

El alcaide le pone el conde de Orgaz, señor del castillo, recibiendo de salario 20.000 mrs.

PUEBLA DE MONTALBAN (LA) (17): En su jurisdicción se ubica el castillo de Montalbán, a dos leguas de la villa, hacia el Sur.

Su fábrica es de mampuesto, ladrillo y cal. Las armas se reducen a espingardas antiguas y viejos coseletes.

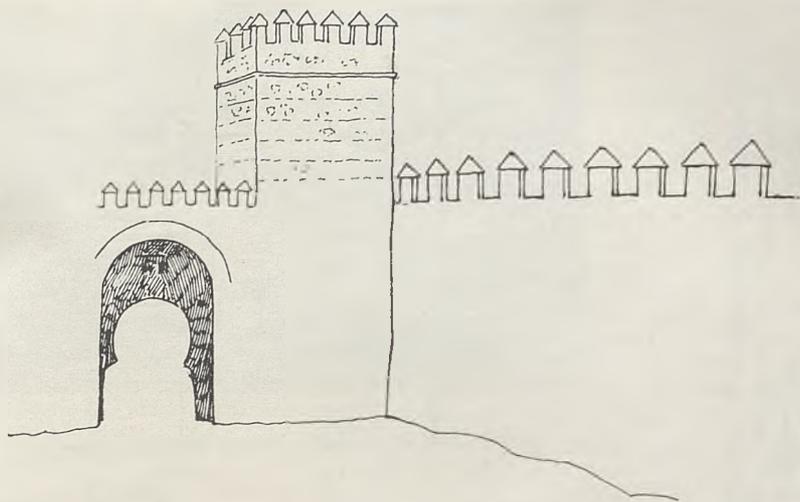
El alcaide le nombra el conde de Montalbán, al que solía dar el aprovechamiento de la dehesa de Los Montalbanejos.

PUENTE DEL ARZOBISPO (EL): Sobre el Tajo, junto a la villa, se construyó un puente de piedra con dos torres, que «eran cosa de mucha autoridad», propiedad de los arzobispos toledanos. Carecen de armas y municiones.

Se pagan 1.000 mrs. anuales a su alcaide.

(16) Despoblado hoy en el término de El Viso de San Juan. Fue cabeza de la Bailía de Olmos, de la Orden Hospitalaria de San Juan.

(17) Ya se hizo referencia a este castillo en el pueblo de El Carpio de Tajo. Hoy se localiza en el término de San Martín de Montalbán, llamado también por entonces Lugar Nuevo.



Talavera de la Reina.—La Puerta de Zamora, con su torre.

(Dibujo de E. Castaños.)

SAN SILVESTRE (18): Junto al caserío se conserva un castillo «fuerte y hermoso por dentro y por fuera de cal y canto». Es de planta cuadrada, con foso, pero ya sin agua, el que se salva por un puente levadizo. En él se guardan algunos tiros y piezas antiguas, propiedad del duque de Maqueda, señor del castillo y de la villa de San Silvestre. En él residía, en los años que estudiamos, el referido duque.

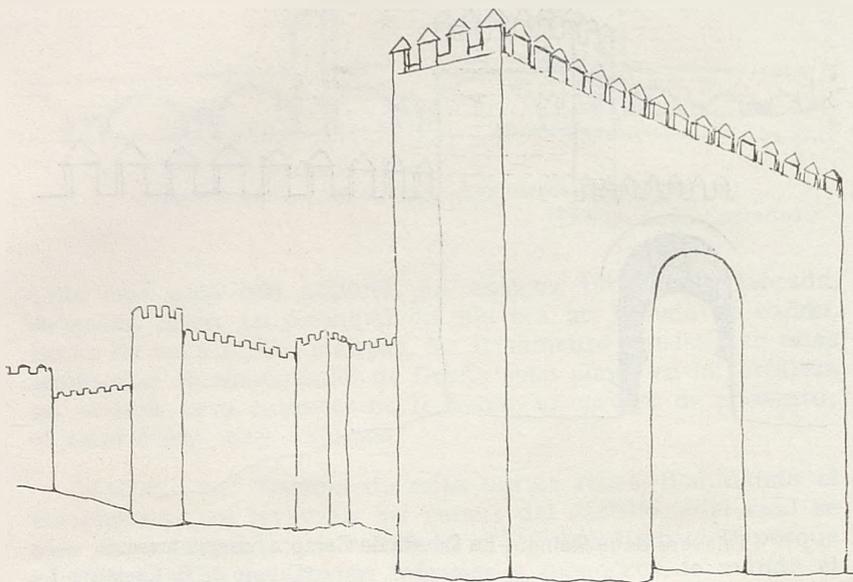
TALAVERA DE LA REINA: Hay que considerar las murallas, las torres albarranas y el alcázar.

Murallas: Estaba protegida la villa por doble muro y, en algunos lugares, por triple cerca. La correspondiente al viejo casco urbano es de cal y canto, con torres muy fuertes; la zona que da al río es lo más antiguo de la obra. La que va del alcázar a la plaza es, por el contrario, más moderna, labrada en sillería. Tiene el muro quince pies de ancho y cincuenta de alto. La cerca del Arrabal es de tapiería muy gruesa, con torres bien labradas de piedra y ladrillo; lo demás de ella «se ha deshecho antaño para servicio y pasaje de la gente».

Torres albarranas (19): Destacándose sobre la muralla hay

(18) Hoy despoblado en el término de Maqueda, también se le conoce por Belvis de San Silvestre.

(19) Término árabe que significa «la torre exenta o exterior del muro».



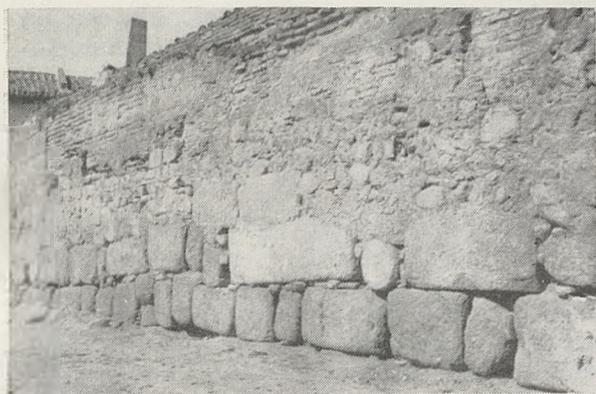
Talavera de la Reina.—La torre albarrana de El Charcón.

(Dibujo de E. Castaños.)

doce torres albarranas, tan grandes y espaciosas que en una de ellas «tuvo el aposento el arzobispo Tenorio». Salen del muro sesenta pies, teniendo veinticuatro de grueso y ochenta de altura. Entre ellas hay otros bastiones de planta cuadrada y semi-circular.

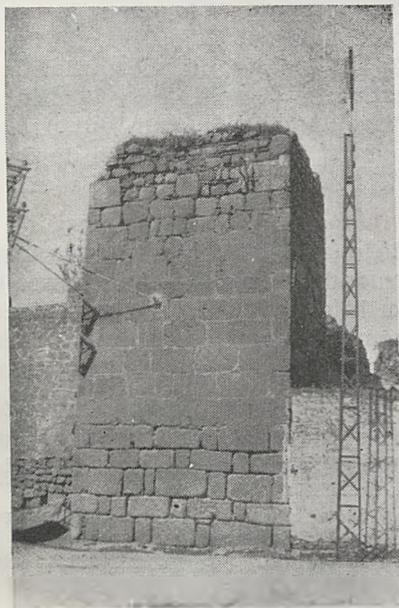
El alcázar: Sobre el lado del río se levantan los muros del alcázar, dentro de los cuales hubo antaño muy buenos edificios, utilizados como morada; pero ya, en el tiempo que historiamos, estaban arruinados. Había baños o aljibes «bien aderezados y no hondos, a los cuades se bajaba por pocos escalones, y tenían siempre agua y crecía y menguaba como el río»; pero se cegaron al caerse los aposentos que estaban sobre ellos. «Arri-mado al muro por la parte de dentro estaba una capilla, a la advocación de San Juan, en la que fue enterrada doña Leonor de Guzmán, madre del rey don Enrique, que hizo matar el rey don Pedro, teniéndola allí presa.»

Hubo ciertas piezas de artillería de hierro y otras más pequeñas montadas en cureñas, todo instalado en la torre del homenaje. Se contaba con ballestas grandes de garrucha, que



Talavera de la Reina.—Restos de la muralla.

JIMÉNEZ DE GARGORRO, F.: «Castillos,
torres y fortalezas de Toledo y su provincia
en el siglo XVI (1575-1579)», Boletín de la
Asociación Española de Amigos de los Castillos,
XI-40, 1.ª Edición, 1963, págs. 13-25



Talavera de la Reina.—Una torre.

se arman con torno. La puerta principal se defendía con un tiro grande. Al servicio de estas armas había algunas municiones, entre ellas pelotas.

En tiempo hubo un alcaide.

TOLEDO: Hay que considerar las murallas, sus torres, el alcázar y el castillo de San Servando.

Las murallas: Las cercas por la parte del río son inexpugnables. Por la vega están construidas de fuertes sillares o demampuesto, que hacen anchos muros, siendo altísimas y torreadas en tres órdenes; entre ambas líneas hay algunos pequeños burgos y arrabales, tan cercados y guardados a veces como la propia ciudad. En este llano de la vega se sitúan casas fortísimas de los más poderosos caballeros. Los espaciosos terraplenes se han formado a lo largo del tiempo con lo superfluo de los materiales de derribo; por eso no se puede minar, a través de ellos, la cerca por su naturaleza deleznable (20).

Torres y puertas: Se fortifican con cubos y torres intercalados, y son las siguientes: La de Santa Cruz, en donde está la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza; la Herrería, en donde estaba el Crucifijo y, en el tiempo que historiamos, San Ildefonso; la puerta Nueva, con la torre de las Cinco Esquinas; la puerta de Antequera; la puerta de Bisagra (21) llamada, a mediados del siglo XVI, de San Eugenio; la torre del Tesoro, de los Abades; la puerta del Cambrón, entonces de Santa Leocadia; la torre de San Agustín; el puente de San Martín, también llamado de San Julián; la torre de la Alcornia (22); la puerta del Rey; la torre de San Sebastián; el puente llamado Alcántara o de Nuestra Señora, y la torre de Perpiñán.

El Alcázar: La fortaleza de Toledo, dada su fundación, se defiende fácilmente desde la muralla, pero en lo más alto de la ciudad se levanta el fortísimo Alcázar, que Carlos I reparó y su hijo Felipe II prosigue embelleciendo, haciéndolo un palacio cómodo y hermoso. Es mucho más lo que tiene «fabricado en su profundidad, metido en las entrañas de la tierra».

San Servando o San Cervantes: Este castillo defiende Alcántara. Su muro oriental está arruinado, pero siempre fue para la ciudad «lucidísimo ángel custodio».

(20) Buena parte de estas explanaciones extramuros se realizan durante el corregimiento de don Juan Gutiérrez Tello, que ejerció su autoridad, por los años que venimos comentando, en Toledo.

(21) Nombre castellanizado de origen árabe, que significa *puerta del campo cultivado*.

(22) Así llamada vulgarmente al castellanizar el vocablo árabe *almunia*, que significa *el huerto*; o sea, *la puerta del huerto*.

Las municiones y armas, cree el informante, que no es otro que don Luis Hurtado de Toledo, que son copiosas.

Los alcaides de estas fortalezas los provee el gobernador del alcázar, y los de las torres y puertas, el corregidor de la ciudad.

VENTAS CON PEÑA AGUILERA (LAS): A tres tiros de arcabuz del lugar «hay una torre que dicen de los moros, la cual está medio caída», de piedra y cal.

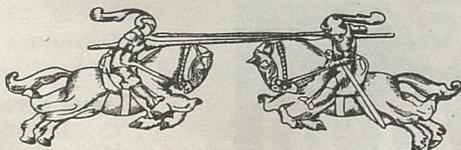
En el pueblo se levanta una casa fuerte, reducida a cárcel de la Santa Hermandad Vieja. Está construida con fortaleza y en su centro tiene una torre también labrada de piedra y cal. Carece de armas y municiones. Al frente de la cárcel hay un alcaide de la Hermandad.

VILLALUENGA DE LA SAGRA: Intramuros tiene una torre y a media legua hacia el Sur se levanta un castillo sobre el cerro del Aguila, ambas construcciones son de mampostería y cal. En el tiempo que consideramos se hablaba de que había ciertos fantasmas en este castillo del Aguila.

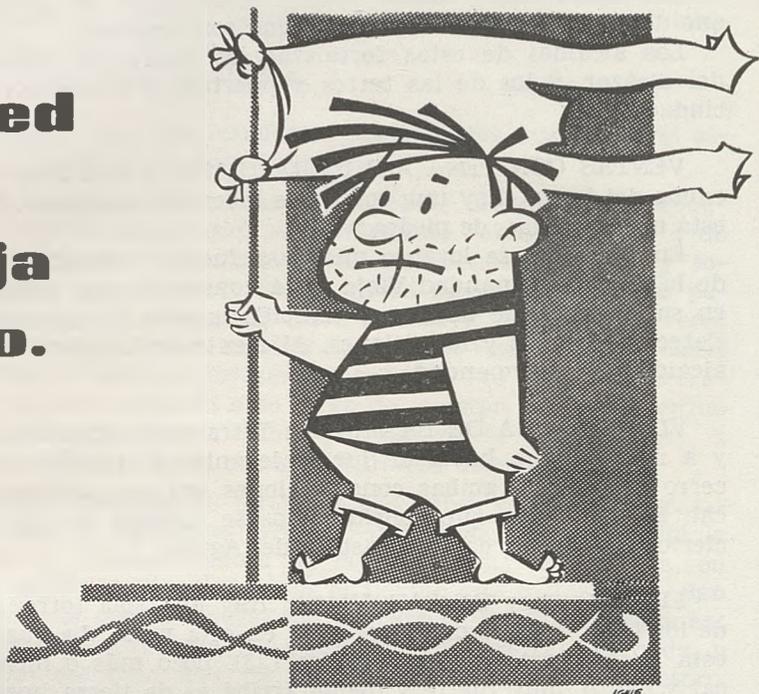
EL VISO (hoy DE SAN JUAN): Hay una sola torre, que es de los Lago, caballeros mayorazgos en esta villa. «La cual torre está hecha hasta de tres estados (23), poco más o menos, de cal y canto, muy fuerte y dende arriba es de tierra hormigón, tapias y rafas de ladrillo». La fundó Pedro de Lago como casa fuerte, para defenderse de los salteadores y ladrones. Los vecinos, estimando que les vendrian males como tal casa fuerte, pidieron al rey que lo remediase, y así se desmochó. Carece de tiros y de municiones.

YELES: «Hay memoria que hubo un castillo en el cerro donde ha quedado agora un aljibe solamente.»

(23) El pie equivale a 0,278635 m.

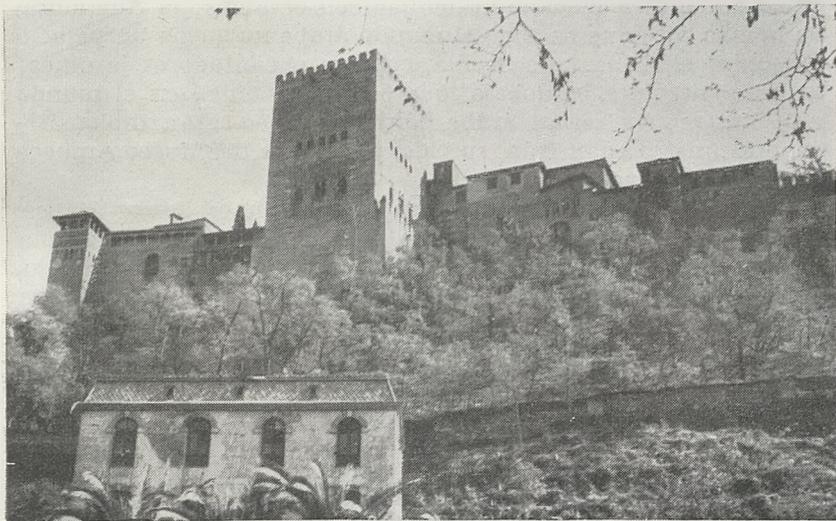


**usted
no
viaja
solo.**



**240 en España
8.000 en el mundo.**

**Los encontrará
en todas sus rutas**



Vista general de la Alhambra, asentada sobre la alta colina, de perímetro irregular, situada al lado oriental de la ciudad.

LA ALHAMBRA, CASTILLO MORO

POR CELESTINO M. LOPEZ-CASTRO

I.—LA CIVILIZACION ARABE EN ESPAÑA

LA vieja Iberia, donde nacieron y florecieron tantos ingenios árabes, llegó a ser el emporio de las ciencias y de las letras de la raza islámica. La arquitectura, la astronomía, la filosofía, la poesía que los árabes enseñaron en sus famosas escuelas, se propagaron a todo el mundo a través de España.

Así lo ha señalado tantas veces y tan certeramente nuestro Caudillo Franco, al hablar de la comunidad y de la vida íntima de árabes y españoles durante un periodo de ocho siglos de historia. Así se lo dijo a los países árabes en aquel entrañable mensaje que les envió hace varios años, con motivo de la marcha de la embajada extraordinaria que los visitó, presidida por nuestro Ministro de Asuntos Exteriores. Y así lo ha certificado el insigne doctor árabe Naji Al-Asil, que al venir a España y permanecer aquí muchos días, quedó sorprendido de las reli-

quias de cultura hispano-árabe que conservamos: la Alhambra, de la cual dice que en todo el mundo árabe no queda un palacio parecido; el Alcázar de Sevilla, con sus encantadores jardines; la gran mezquita cordobesa, que considera única en el mundo este ilustre intelectual árabe contemporáneo, gran diplomático, ex Ministro en el Irán, su país, y Director del Museo Arqueológico de Bagdad.

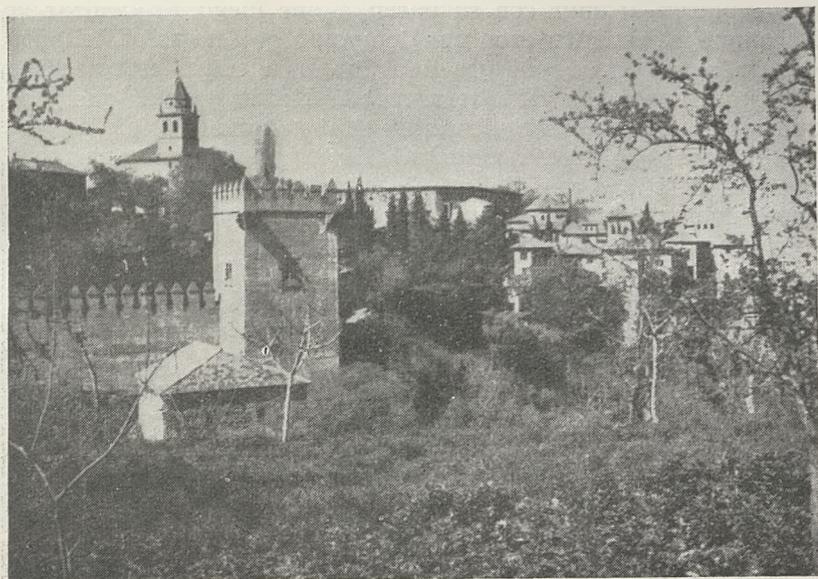
De todos los legados artísticos que recibimos de los árabes, la arquitectura es lo más visible, lo más tangible que aquella raza nos dejó en España. Y lo más conocido en todo el mundo, porque es lo más exportado por los turistas que nos visitan a diario y nos admiran. Esas mezquitas, palacios, alcázares y alcazabas pregonan a los ojos extasiados de los visitantes las magnificencias de aquella civilización oriental. Y no digamos de nuestros hermanos de raza árabe cuando visitan España, que, al encontrar la huella perdurable de los suyos, se hallan más ligados a nosotros en afinidad y en espíritu.

¡Qué terrible competencia la suscitada entre el Oriente y el Occidente! De la majestuosa Córdoba a la risueña Bagdad, del Guadalquivir al Tigris, se establece una corriente de supremacía frenética en la ostentación; de furiosa vesanía en la fastuosidad. Al-Mamún, en el Oriente, siembra mil gruesas perlas en el rizado pelo de su amada en el día de su boda; pide setecientos porteros para su palacio y planta árboles de plata y oro en sus jardines pensiles. En el Occidente, Abderramán II, para aplacar el enojo de su favorita Tarub, hace tabicar su puerta con sacos de dinares oro, a fin de que al hacer las paces con la hermosa concubina, y al franquearle la entrada, sea una lluvia de monedas el premio de su perdón.

Pero día vendrá en que el califato del Al-Andalus oscurecerá a los Califas Negros (los abbasidas adoptaron el traje negro para guerra y corte). Y los reyes francos y godos, encastillados en el Norte, quedarán fascinados, cual las águilas que beben la luz del sol, al contemplar tanta riqueza arquitectural y tanto ornato deslumbrante, y dudarán si el astro de Oriente radica en los horizontes celestes de la Mesopotamia feliz, o en las cumbres enojadas de sol de la rica Andalucía.

II.—ALCAZABAS Y CASTILLOS

Pocas fortalezas militares de éstas subsisten completas o regularmente conservadas en España. Castillos-monasterios, castillos-palacios, castillos-alcazabas. En casi todos sólo quedan en pie torreones desmochados; adarves cortados como a golpe de hacha; almenas careadas, carcomidas, quebradas, y algún cubo,



Otra vista general de la Alhambra, tomada desde el lado del Generalife.

flaqueante desborcellado, como cacharro de cerámica vieja mordido a dentellones. «Torres que desprecio al aire fueron...», diremos con estrofa de Rodrigo Caro.

Todas estas fortalezas militares medievales sirven para jalar los caminos invasores de la conquista; todas representan a las generaciones perdidas en la ruta de los siglos; todas son corazones que palpitan en la Historia; todas son prez de noblezas, ojos y oídos de guerrilleros que se batieron con sus ballestas desde los adarves, o que se apostaron tras las almenas ahumándolas con tiros de arcabuz, o de culebrina, o de bombardarda pedrera; que sintieron llegar al pie de sus muros la capatulta, o el ariete, la escala y el carro de asalto, la mesnada enloquecida y la turbamulta de arqueros y ballesteros.

Cada castillo, cada alcazaba tiene un pueblo. Y esa fortaleza que lo respalda, que lo cobija, evoca las mejores gestas de él, que lo son de España, porque la suma de todas estas gestas es la Historia de España. Así como la suma artística y monumental de sus piedras arcaicas es el patrimonio arqueológico más viril y sentimental de España. Y el más evocador. Y el más romántico. Sobre todo si es una alcazaba, porque esta clase de fortalezas es la más admirable entre todos los castillos medievales. Torreadas acrópolis que fueron al principio patrimonio moro y

que alojaron al emir con su harén, y que luego, al avanzar la Reconquista, constituyeron conglomerado de linajes castellanos de árabe estructura; de graciosa donosura en su espectacular archivo de leyendas y de heroísmos. Fortalezas moras que fueron teatros de luchas civiles entre árabes, muladíes, almohades y bereberes; que un día se inclinaron por el califa, con su reyezuelo al frente, y poco después le hicieron la guerra; que unas veces fueron bastión contra el castellano ejército y otras se aliaron con él; que presumieron siempre más que los castillos por ser alcazabas moras, ya que la raza oriental presumía siempre tanto de lujo y ostentación, y dentro de sus torreones creaba salas deslumbrantes por sus ornatos, por su riqueza, por su indomable ocio y amor al sibaritismo.

No suelen tener las alcazabas la estructura pétreo de los castillos. Sus aparejos de tapial, de ladrillo o, a lo más, de burdo mampuesto, son los que constituyen sus murallones, asomados casi siempre a un precipicio; enhiestados sobre el álveo de un río tranquilo; vigilantes sobre el valle hondo, lamidos por la niebla; encejados en el alcor con laderas moteadas de olivos desgrefñados, o de cepas zumosas, o de barbechos peinados en besanas que abrió en canal el arado.

No cabe duda que una alcazaba es mucho más romántica que un castillo. Acaso su historia no sea tan sabida, tan conocida, como la de un castillo; acaso se ignore casi del todo su pasado, cosa que no sucede con los castillos, casi siempre abrumados de historia. Pero podemos suponer que allí habitó un emir taifa sublevado entre los suyos en la defensa de Baza o de Guadix; o un bandido árabe que asoló con sus correrías la frontera califal; o un reyezuelo insurrecto de Muley Hacén, que en la guerra de Granada contra Boabdil acabó muriendo colgado de la torre de la Vela. Probablemente, si se cavase hondo en la poterna, o en el foso, saldrían trozos de alcarrazas, o un roñoso candil, o alguna cimitarra oxidada, o bien un puñado de moneditas con la estrella de seis puntas, esgrafiada y con letras ganchedas, de epigrafía indescifrable.

Y henos aquí tan entusiasmados con las alcazabas porque vamos a entrar en una de ellas; en la más importante; en la más sugestiva; en la más poética; en la más preñada de fantasías, de leyendas, de misterios.

III.—EN LA ALHAMBRA

No es el poema musical de Bretón el que vamos a interpretar, a describir, aunque bien podría serlo, a juzgar por el título. Y también porque verdad es que nos hemos llenado de sono-



La Alcazaba o fortaleza, parte defensiva de la Alhambra, que es la más antigua de la misma. A la izquierda, la gran torre del homenaje.

riedad. Aquí, en la Alhambra, tan moruna, tan cañí, todo es sonoridad con fondo musical de Granados, de Falla, de Turina, o de Albéniz. Y si no que lo digan sus obras inspiradas en el correr de las fuentes; sus poemas musicales sugeridos de los arpeggios que allí ensayan los aprendices de ruseñor, que les enseñaron a aquellos maestros, al pasear por sus bosques, la clave de tanto secreto armónico.

Todo está aquí impregnado de poesía y de sonoridades: sonoridad de las acequias corretonas; sonoridad de los surtidores en sinfonía de cristal fugitivo; sonoridad en los árboles con trinos de pajarillos inquietos; sonoridad hasta en el silencio agresivo del bosque, con ronroneo vagaroso de élitros y arrullo de tórtolas indiscretas.

Agua, pájaros, canción de la Naturaleza. Pero sobre todo agua, agua por todas partes. Agua huidiza que corre por la acequia y juega en los remansos al corro con las espumas y con las hojas ahogadas en su cauce. Agua riante y jovial cuando, en acrobacias bulliciosas, brinca en los surtidores. Agua alborotada, malhumorada, cuando se suicida en la cascada o se tira por el tobogán de la escalerilla. Y hasta gozosa en su modorra cuando, dormida en la alberca, recoge en su fondo a la luna, o riela su disco de plata en su azogue movido por la brisa.

Todo esto es en la Granada histórica y morisca, porque en

la sentimental y andaluza hay un largo repertorio en el Albaicín gitano y en las vibraciones poéticas de la campana de la Vela, con sus repiques de gloria y de leyenda.

Pero hoy sólo nos interesa la Granada mora, la alcazaba mora, la Alhambra fortificada. Porque todos los turistas que a ella llegan suben la agria cuesta y se cuelan de rondón en los patios y salones moriscos para admirar sus esencias soñadoras y transportarse a un mundo oriental de cuentos de hadas y de huríes. Pero no reparan en la poesía de sus bosques, ni mucho menos en su aspecto hosco y belicoso de castillo agareno.

IV.—CASBA ALHAMRA (CASTILLO ROJO)

Cuando los palacios encantados de la Alhambra nacieron, ya existía la fortaleza de la Alcazaba. El arrabal judío de Elvira, llamado la Garnata, que después habría de ser la Granada morisca, se asentaba sobre la colina del Albaicín. A sus pies corría el Darro, o Dauro, el río de las arenas de oro, que, engordando al Genil, repartían luego juntos la savia de su cauce por el regadío de la Vega, venturosa de frutos ubérrimos, salpicada por aquí y por allá de casas moriscas de inmaculada albura.

Este era el bello marco del cuadro. El lienzo era duro. Ardían las ascuas de la guerra civil entre árabes y muladíes. Aquéllos, con su caudillo Sawár, acosados por las huestes de Omar, huyeron hasta la Garnata. Ataques violentos y escaramuzas incesantes encerraron a los árabes en la Alcazaba. Sitiaban la fortaleza los muladíes y la golpeaban a diario con fieros asaltos. Los árabes rechazaban al enemigo durante el día, y por la noche taponaban las brechas, trabajando con denuedo a la luz de innumerables antorchas.

Los sitiadores, desde abajo, contemplaban el fantástico cuadro que presentaba la ciudadela, alumbrada y teñida de resplandores bermejos en la tenebrosa oscuridad. Cierta noche se le ocurrió a un centinela muladí denominar a la Alcazaba con el nombre de *Casbá Alhamrá* (Castillo Rojo), y desde entonces se le conoció con este apelativo, que habría de hacerse inmortal: Alhamrá; Alhambra, luego.

Después fue castillo de almorávides y de almohades, según sus alternativas dominadoras, y cuando la población creció con los emigrados que descendían desde Baeza, empujados por los ejércitos cristianos, Granada se erigió en trono de su primer rey nazarita, Mohaméd ben Alhamár, y la Alcazaba se engrandeció y extendió sus murallas por la prolongada meseta para abarcar el palacio que el rey granadino se había construido. Era



Vista, tomada desde la Alcazaba, del palacio árabe de la Alhambra, con la grandiosa torre de Comares.

soñador de grandezas para su reciente reinado y le ahogaban las almenas constreñidas a tan reducida cerca, y mandó edificar fuera de la Alcazaba su palacio, naciendo la suntuosidad de los patios y salones. Mas las guerras se sucedían, y ante el peligro prolongó las fortificaciones por toda la montaña.

La Alhambra se asienta sobre el monte de la Sabica, con sus treinta y tantas torres y sus lienzos murados intermedios, componiendo la obra fortificada de origen musulmán más importante de España. Las murallas extienden su cerco adusto y hostil, de hosco semblante guerrero, en un perímetro largo y estrecho de más de dos kilómetros de longitud. Un amplio camino de ronda, o adarve, la circunda, y de trecho en trecho, particularmente en los ángulos, la flanquean torres cuadradas y curvados baluartes, que servían para batir los espacios muertos. Una línea sinuosa forman sus bastiones saledizos, que unas veces avanzan sobre la meseta, buscando el dominio de los accesos, y otras asoman su ceño rígido y belicoso sobre el hondo precipicio del Darro.

El recinto de la Alhambra está defendido por el Norte con una escarpa natural de gran declive, alzando sus parapetos a tal altura, que se descubría desde lejos al enemigo. A sus pies,

el río Darro forma su foso natural por este frente. El cerco amurallado se quiebra en el emplazamiento de sus torres fuertes, muchas de ellas arruinadas por el abandono de los hombres y por los siglos inclementes, y parte del recinto por los franceses de Napoleón, que, en su huida después de la derrota de Bailén, volaron la fortaleza en uno de sus sectores.

La primitiva Alcazaba, ciudadela inexpugnable, se empina arrogante todavía, con su torre del homenaje, como todo castillo medieval. En ella residía el alcaide de la fortaleza, y a su pie se extendían los edificios de las cuadras, los depósitos de vituallas y municiones y las viviendas de los mesnaderos, señaladas hoy con algunos muros de piedra. Junto a esta torre de honor hay varias que apenas sobresalen del lienzo murado, viéndose sobre sus adarves, como guerrera reliquia, algunos proyectiles esféricos de piedra, usados por la artillería mora.

La torre de la Vela, enhestada como orgullosa atalaya sobre la ciudad y la vega, desde toda Granada se la ve sobresalir por encima del caserío, vigilando las calles de enfilada y curioseando por encima de los patios de vecindad. Cuando los Reyes Católicos entraron en Granada, se montaron apresuradamente varias campanas en las torres de la Alcazaba y sobre los adarves de la muralla, para lanzarlas a vuelo durante la primera misa, que en seguida habría de celebrar el Cardenal Mendoza, en la llamada Sala de los Reyes, una de las que rodean el patio de los Leones. Y en el momento de alzarse la Hostia Santa voltearon incansablemente, nerviosas, enardecidas, ante el asombro de los cármenes donde se guarecían los vencidos; ante los comercios de la Alcaicería y los palacios moros, donde se habían refugiado los torvos mercaderes y los ancianos vazires. Los cánticos alados del bronce habían sustituido a las detonaciones de las bombardas y culebrinas con su peloteo de piedras candentes.

De todas aquellas campanas, una queda todavía sobre la torre fuerte de la Alcazaba, llamada de la Vela. Colgada en su espadaña, envuelta en paz mística de siglos, hoy sólo sirve para enhebrar en su arco, durante la noche, el rayo de luna, y para llenar de sonoridades a toda Granada cuando se la toca. Campana sentimental y romántica, que antaño tuvo la caritativa misión de servir de faro acústico a los caminantes perdidos en la oscura noche, y que luego sirvió de heraldo al agro de la vega, para señalar a los huertanos el turno de los riegos. Campana histórica, que ya no deja oír sus tañidos más que en los días 2 y 3 de enero de cada año, anunciando la fecha de la conquista de Granada por los Reyes Católicos. Campana poetisa cantada en estrofas de lirismo y de folklore. ¡Campana la de la Vela, campana que toca a gloria!

V.—PUERTAS, MURALLAS Y TORRES

La entrada en los recintos fortificados de la Alhambra se hace por la puerta llamada de la *Justicia*, que recibió tal nombre por la que delante de ella administraba un caid moro a la vista del pueblo. Abierta en un colosal torreón encastillado, su esbelto arco de herradura ostenta encima una faja de letras árabes, donde se lee que Abul Hachách Yusúf construyó la puerta en el año 749 de la Hégira. En la clave del arco lleva esculpida una llave, que representa el poder que otorgó Dios al profeta para abrir y cerrar las puertas de los cielos. Y una mano que aparece cincelada en el arco del torreón simboliza los cinco



Puerta de la Justicia o entrada principal de la Alhambra, abierta con arco de herradura en un airoso torreón.

preceptos (uno por cada lado) de sus dogmas religiosos. Sobre esta puerta se colgaban las cabezas de los ajusticiados, con gestos de pavor o de coraje, para escarmiento de los rebeldes.

Fuera de la Alcazaba, el recinto murado de la Alhambra acota sus salientes con otras torres. La de *Machuca* se llama así por haberse instalado en ella el arquitecto de Carlos V encargado de maltratar el palacio árabe, para derribar parte de él y sustituirlo por la masa pétrea renacentista que le sugirió al gran Emperador su equivocada rivalidad con el sucumbido imperio nazarita.

Siguiendo el frente sur de la gran fortificación, aparece la torre de los *Carros*, inmediata a la puerta del mismo nombre, que lo tomó de los muchos que la atravesaban durante las obras de aquel palacio. En seguida se encuentra la puerta de los *Siete Suelos*, desprovista de arte y de ornatos, y medio derruida por las explosiones vandálicas de los franceses. Pero aún conserva un arco rebajado entre dos torres cuadradas y desmochadas. Un gran tambor defensivo se destaca muy avanzado para batir los espacios muertos, y ésta es la obra que le dio el nombre de los *Siete Suelos*, pues en su interior tiene varias plantas superpuestas y organizadas para la defensa.

Era la mañanita del día 2 de enero de 1492, cuando desde la Alhambra se disparaban tres cañonazos, señal convenida para que los cristianos avanzasen y entraran en la ciudad. Y por esta puerta salía el último y desgraciado rey nazarita, Abdelláh, más conocido por *Boabdil el Chico*, acompañado de su familia y de 50 caballeros de su séquito, para entregar las llaves a don Fernando el Católico.

Continúa el adarve su monotonía, interrumpido por las torres de la *Cárcel*, de *las Gallinas* y del *Agua*, esta última llamada así porque junto a ella pasa, bajo un arco, la acequia que surte de agua a la Alhambra, canalizada desde el Darro. Las tres aparecen mordidas en su semblante de piedra por el explosivo napoleónico.

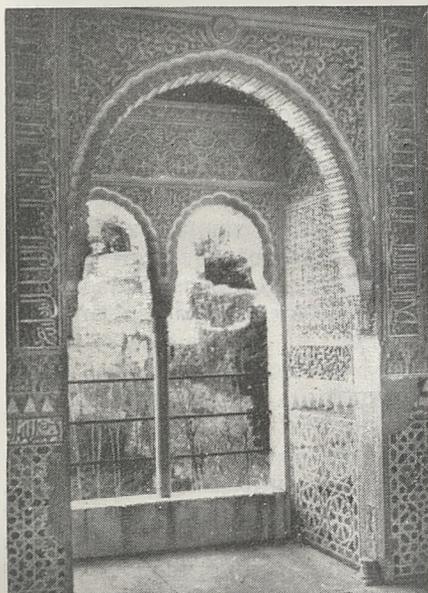
En seguida, y ya en el frente norte, aparecen dos torres gemelas: la de las *Infantas* y la de la *Cautiva*. Austeras, herméticas, descascarilladas, angulosas, se presentan por el exterior estas dos torres, con su estructura vieja y descolorida de quinientos años; dormidas sobre el camino de ronda que las cruza por detrás; abandonadas al olvido de los que transitan por la vereda que por delante lame sus pies. Pero estas torres han sido más afortunadas que sus otras compañeras, desmanteladas por dentro de toda filigrana árabe. Estas, no. Estas fueron las niñas mimadas de los arquitectos conservadores de la Alhambra; las predestinadas que se salvaron del vandalismo francés; las que por dentro conservan salas, patios, galerías cuajadas de almócarabes, de ajaracas, de finos alicatados, de filigranas y ornatos moriscos de todas clases. La de las *Infantas* juntó todas estas gracias para formar un estuche y guardar en él, recatadas de los ojos extraños, las bellezas de tres princesas moras, que aquí soñaban, vivían y amaban para dar nombre a la torre.

VI.—LA BELLA CAUTIVA

Torre confidencial es ésta de la *Cautiva*, que lleva un nombre misterioso de prisión, que huele a apostasía, que guarda secre-

tos de amores clandestinos de un sultán feroz y una cristiana perjura.

Sucedió que los almogárabes se emboscaron cerca de una fuente en las afueras de Aguilar, en la provincia de Córdoba, con objeto de hacer algunos prisioneros para venderlos como esclavos en la medina. Salieron unos niños cristianos a dar agua a las bestias, y fueron cautivados. Con ellos iba una mocita de doce años, llamada Isabel de Solís, que fue a parar al servicio del sultán Muley Hacén, el cual se enamoró de la bella esclava, que, convertida al islamismo, se llamó Zoraya.



Interior de la torre de la Cautiva, una de las existentes en el frente septentrional de la muralla, evocadora de la favorita cristiana de Muley Hacén, doña Isabel de Solís.

Muy caprichosa y tirana, aprovechaba los momentos de embeleso para hacer que el sultán odiara a su esposa legítima, la reina Aicha la Horra. Mas no se contentaba con esto. Veía en los hijos de esta última los forzosos herederos del trono, y a los suyos relegados al desdén y a la pobreza el día que el sultán cerrara los ojos para siempre. Y concibió la idea de hacerlos desaparecer. El más pequeño fue muerto a manos del verdugo Senelik, y cuando quiso hacer lo mismo con Boabdil, el heredero del trono, pudo éste descolgarse por una ventana y huir al campo, donde reunió a sus partidarios y declaró la guerra a su padre, consiguiendo vencerle.

Zoraya, temerosa de su mala acción y de lo que se le venía

encima al triunfar Boabdil, se apoderó de ella un horrible terror, que la sumió en una infinita melancolía y en una languidez insoportable. Presentía que sus hijos serian pronto condenados al filo del alfanje homicida. Una tempestad suprema agitaba su alma: era el remordimiento. Ante sus ojos se le presentaba su madre, que la miraba dulcemente, cuando de niña, al acostarse y le enseñaba a santiguarse y a rezar.

Dios, en su infinita misericordia, le asistió en su última agonía. A la mañana siguiente de un luctuoso día de derrota, al entrar sus esclavas la encontraron tendida sobre los cojines de seda, con la cara blanca como la nieve, que marcaba la dulzura de una sonrisa. Sobre su pecho, las pálidas manos estrujaban un pequeño crucifijo.

Continúa el adarve y llega a la torre *del Cadi*, donde moraba este representante de la justicia. Y junto a ella, tras un parapeto almenado, está la torre de *los Picos*, levantada en el siglo XIV, que se yergue, arrogante, sobre la puerta de *Hierro* y el baluarte contiguo que allí avanza.

Encontramos después el llamado Partal, o torre de *las Damas* que perdió su traza de obra militar para transformarse en risueño mirador. Y a su lado aparece el torreón de Abul-Hachád, llamado ahora *Mirador de la Reina*, por alojar estancias destinadas a los menesteres coquetones de las pérfidas sultanas.

VII.—IA, ASAFI, DESPEDIDA A GRANADA

«¡Llora, llora como mujer ya que no has sabido defenderte como hombre!» Estas palabras de la sultana Aicha la Horra, madre de Boabdil, cayeron sobre vosotros, musulmanes montañeses que habitáis la pintoresca ciudad marroquí de Cháuen, fundada por los expulsados de Granada, según tradición. Por eso vuestras canciones de nostalgia, dedicadas a la Granada perdida, van rebozadas de tristeza; porque son lamentos amargos de destierro; porque sobre vosotros ha caído, en triste herencia, el llanto melancólico de aquel infortunado Rey Chico, como cayó sobre los hombres el pecado de Adán.

Yo también he participado en vuestras nostalgias, cuando sorbía el té en el «bakalito», arrullado por aquella canción melancólica llamada «Ia Asafi», que quiere decir «Los pesares», triste despedida a Granada, transmitida de generación en generación desde entonces. Y hasta el humo denso de vuestras pipas de kif, que nos envolvía, ensortijándose en cabalísticas letras, simulaba escribir en el aire las palabras de vuestra obsesión: ¡Granada!, ¡Granada!, ¡Granada! Así, pues, cuando penetré en las estancias reales alojadas en la torre de Comares,

donde en la Alhambra se fraguó la rendición, no pude menos de acordarme de vuestra canción «*Ia Asafi*», de inconsoladora desgracia.

La colosal torre de *Comares*, la más esforzada en historia, la más robusta en estructura, la más espiritual en leyendas, destaca a gran altura sobre el lienzo amurallado vista desde abajo, asomados a las márgenes del río Darro.

Dentro de esta gran torre está el Salón del Trono, o de *Embajadores*, de planta cuadrada, alto, espacioso, bellissimo. Conserva sus ricos ajimeces cuajados de alicatados y ajaracas, tanto en los altos paramentos como en la bóveda. En este salón se vive un momento oriental; se revela en él todo el sensualismo de los árabes. La imaginación los ve todavía sentados en cojines de oro y seda, bajo las aéreas estalactitas moriscas, reunidos en aquella triste asamblea de la que salió la rendición de Granada. Vibra allí dentro la emoción de aquellos grandes acontecimientos, cuando se reunieron los sidís del Gobierno para deliberar. Alfaquies venerables, de barba canosa; caídos arrogantes, de alfanje ceñido y recelosa mirada; vazires ensombrecidos, de andar tácito y penoso, habían ido llegando, sentándose a lo largo de los cuatro muros de la estancia. En el camarín del trono, festoneado de ajaracas, se dibujaba la figura abatida del Rey Abu-Abdelláh, el llamado *Boabdil el Chico*

Alguien hablaba así: «Las armas crueles del Rey Fernando han saqueado los pueblos cercanos y han arrasado los vergeles de nuestra vega. Y, para mayor desgracia, esto se debe a las huestes de nuestros hermanos de raza y religión, Cid Haya y el Zagal, que se han sumado, traidoramente, a los cristianos, en venganza de sus antiguos rencores con nuestros sultanes. Han caído rápidamente, en sucesivas capitulaciones, Guadix, Loja, Lucena, Vélez, Baeza. El enemigo nos aprieta en estrecho cerco y el hambre aviva ya en esta fortaleza la danza macabra de la muerte. Los caballeros que marchan con los Reyes Fernando e Isabel se han envalentonado tanto que, en pugilato de osadías, han llegado hasta entrar anoche mismo en la ciudad y han clavado con un puñal, en la puerta de la mezquita mayor, un pergamino con estas insultantes palabras: *Salve, María, Madre del Dios verdadero.*»

Un grito de ira ha restallado en los muros y ha envuelto de rencor el trono. Crecen el descontento y el hambre. Ha poco, desasosegado el sultán al ver en la Zubia a la gran Reina Isabel, que había querido acercarse para curiosear la ciudad, mandó contra ella y los escogidos capitanes que la escoltaban lo más florido de su guardia, y habían sucumbido después de luchar como leones.

Una última salida del recinto murado, verificada el 8 de julio

de 1491, por los terrenos de la actual cartuja, le había costado millares de muertos y había presenciado la entrada atropellada del resto de su ejército por la puerta de Elvira, situada en la muralla. ¿Qué puede hacer ya el gran Consejo reunido en esta suntuosa torre de Comares?

Ahora habla el vazir Abulkásem Abdelmaléc. Sus palabras de dolor y abatimiento se clavan en el corazón de los oyentes. «¡En el nombre de Alláh, Dios poderoso y único de los verdaderos creyentes! ¡Mi alma se desgarrá al tener que deciros la verdad! ¡Es imposible continuar la defensa! ¡Granada está perdida!»

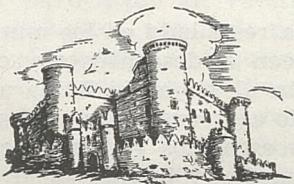
Todos callan un instante, en el que ven su éxodo por los campos desolados de Africa. ¡Adiós para siempre sus cármenes y jardines! ¡Ya nunca más verán las fuentes rumorosas de los patios de ensueño, ni las tárbeas arrulladas por los surtidores que lloran perlas! ¡*Ia Asafi*, canción de despedida a Granada, aquí empezaste a rimar tus tristezas!

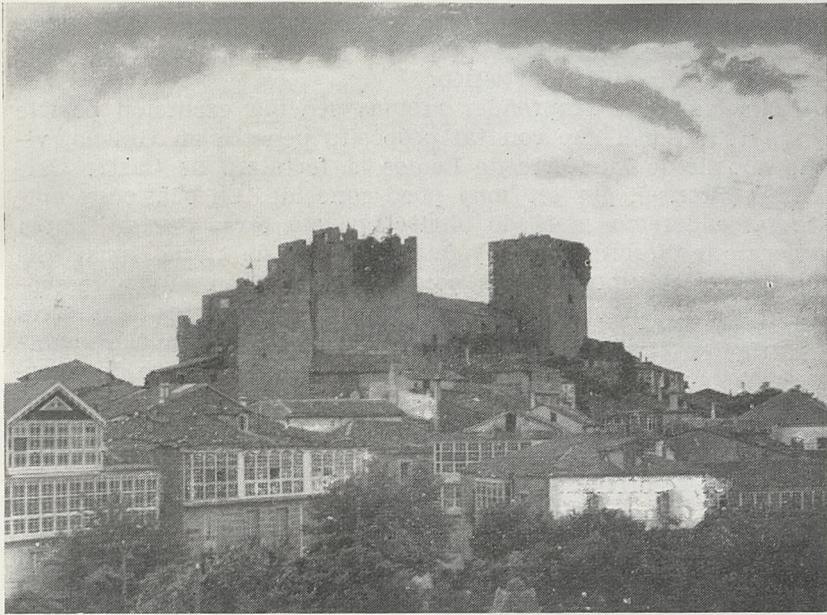
El Consejo vacila y, al fin, transige; mas un recio varón de barba gris salta de su cojín como herido por el rayo, es Muza el *Batallador*. Sus dedos, fuertes y engarfiados, empuñan la cimitarra de buída punta, rica de pedrería. En su mirada brilla el coraje, y sus palabras de fuego avivan por un momento la suprema resistencia: «¡La rendición nunca—dice—, mientras aliente un pecho musulmán!»

Un escalofrío sacude los turbantes. Algún fanático grita en defensa de su Rey. Pero pasó el amago de tormenta, y se votó la rendición.

Abulkásem y el alcaide de la fortaleza, Abén Comicha, fueron designados para iniciar las negociaciones. A poco se entrevistaban con ellos los parlamentarios Hernando de Zafra y Gonzalo Fernández de Córdoba, designados por los Reyes Isabel y Fernando. *Ia Asafi*..., seguía rimando estrofas.

(Fotos del autor.)





Castro Caldelas.—Vista general del castillo.

Fortalezas olvidadas: Castro Caldelas

POR NARCISO PEINADO

HEMOS emprendido esta desinteresada colaboración con la sana y limpia intención de dar a conocer entre nuestros lectores las fortalezas de esta olvidada o poco conocida región, parte del solar patrio que tan gran importancia tuvo antaño para su unidad, grandeza y libertad, siendo uno de sus más fuertes baluartes y uno de los focos principales de la Reconquista, en todos los aspectos, tanto el religioso como el cultural o el artístico.

Por cuanto a nosotros atañe, no tendríamos inconveniente, si alguna excursión fuese organizada por la Asociación, en servirle de guía a través de esta bella «Suiza española», durante el verano, si se decidiese a recorrer algunas de sus notables plazas, poniendo a su servicio nuestro escaso saber y entender,

tan sólo por el deseo de contribuir al conocimiento y revalorización de hitos de capital importancia en nuestro acervo histórico monumental y artístico.

Hoy vamos a emprender la más sencilla excursión posible para todo aquel que con tal propósito penetre en Galicia, visitando desde Monforte de Lemos la fortaleza de Castro Caldelas (Orense), por ser muy poco conocida. En ocasión propicia ascenderemos a la de Monterrey y a otras de tan limpia solera que dieron nombre y fama, timbres de gloria inmarcesible, a sus legítimos señores, conservando aún en su simple evocación el esplendor glorioso de las páginas brillantes de nuestra historia, cantada con versos de sol y de sangre en el *Roman-cero*, *Iliada* sin Homero, verbo magnífico y elocuente de nuestra raza.

En el kilómetro 361 de la línea férrea de Palencia a La Coruña, y a 313 metros sobre el nivel del mar, se asienta Monforte de Lemos, «coronado de torres vecinas a los cielos», según el soneto de Góngora al gran conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro; el *Castro Dactonium* de los romanos, capital de los Lemavos, en cuya cumbre desde 1104 se alza una fortaleza, por concesión de los benedictinos del monasterio de San Vicente, del cual hay constancia en el siglo IX, aunque su templo sea, en la actualidad, de la época del Emperador Carlos V.

Aquí nació Inés de Castro, la desgraciada princesa enamorada que «reinó después de morir»; aquí nació el citado D. Pedro, el Conde de Lemos, al cual dedicó Cervantes la segunda parte del *Quijote* y el *Persiles*, creando una verdadera corte literaria cuando vuelto de Virrey de Nápoles en 1616, aquí se retiró a descansar.

Bastará que ascendamos a esta auténtica acrópolis medieval del valle de Lemos para que, oteando sus dilatados horizontes, comprobemos la luminosidad jugosa de este paisaje, la magnificencia de los monumentos de esta ciudad en la cual sus condes fueron acumulando tesoros, de los cuales aún hoy puede envanecerse orgullosa.

Doña Catalina de la Cerda y Sandoval, esposa de D. Pedro y hermana del Duque de Lerma, levantó el convento de Clarisas, cuyo tesoro en joyas y reliquias es uno de los más preciados y preciosos de España.

Don Rodrigo de Castro y Osorio, «el Cardenal» protector, cuando era Arzobispo de Sevilla, del ya *Manco de Lepanto*, fundó el templo «a Minerva dedicado» para la Compañía de Jesús. imitación afortunada de El Escorial, en el cual aún perdura patente su magnificencia, desde su nobilísima traza hasta los cuadros del *Greco*, de Andrea del Sarto y de Hugo van der Goes, que aquí se custodian; el retablo de Moure, que resplan-



Frente de la cerca exterior del castillo.

dece primoroso en su altar mayor; la estatua de bronce debida a Juan de Bolonia, sobre su sepulcro en el presbiterio, y la escultura marmórea de Cristo Crucificado debida a Valerio Cioli, de florentino origen, discipulo de Miguel Angel. Desde esta atalaya feudal de 30 metros de elevación sobre su plaza de armas, y a 84 metros sobre el valle, oteemos el próximo claustro del monasterio benedictino, de traza napolitana, tanto, que parece arrancado del palacio de Capo di Monte, el recinto de sus murallas, y todo este conjunto histórico y artístico envuelto en recuerdos de sus próceres señores.

Abandonemos ya esta ciudad para ir a nuestra meta, distante 28 kilómetros por una carretera que si en los 6 primeros nada de nuevo halla el viajero, no sucede así a partir del kilómetro 14, desde el cual y a nuestra diestra se desenvuelve el paisaje del Sil, lleno de impresionante majestad y belleza, muy semejante al del Rhin entre la Selva Negra y los Vosgos.

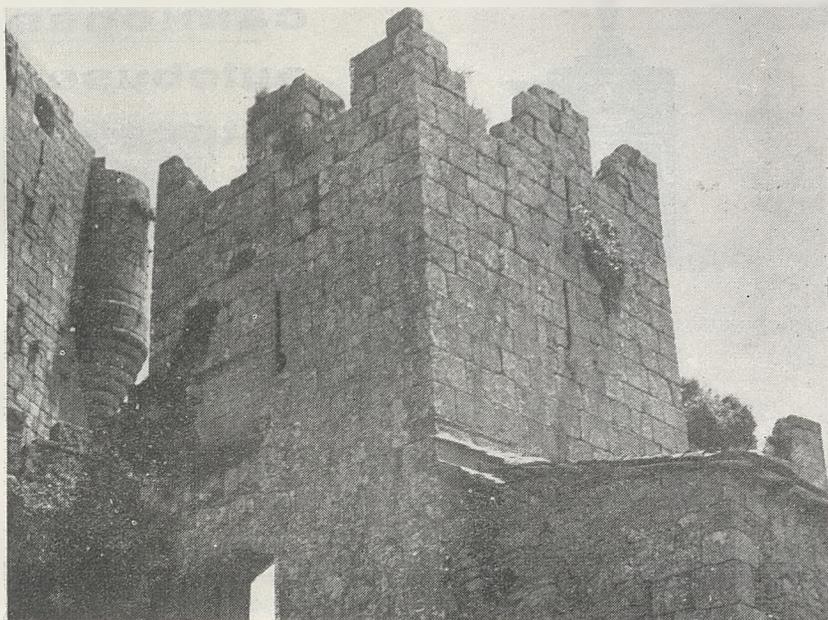
En el kilómetro 10 lo atravesamos por un puente y comenzamos a ascender hacia Castro Caldelas en zigzag, para elevarnos a la cota de 795 metros sobre el nivel del mar, en la cumbre del castro donde se asienta la fortaleza.

Con unos buenos gemelos disfrutaremos desde aquí de una panorámica impresionante, no sólo por su dilatadísimo horizonte, sino por la belleza geomórfica, donde todos los agentes parecen haber colaborado para dar una «facies» telúrica de una génesis cuya evolución parece perfectamente ultimada.

El castillo de Castro Caldelas, como su nombre indica, tuvo su origen en un castro céltico o prerromano; divisa con aquilina mirada la Cabeza de Manzaneda y Meda, la vaguada del bravo Sil y la penillanura lemosina, sin olvidar el idílico valle de Amandi, famoso por sus vinos, degustados con placer por el patricio de Roma.

En el siglo XII era de carácter realengo, acreditado en el Fuero de Fernando II y nuevamente en el XIII, 1228, por Alfonso IX, pero en 1336 fue cedido por Alfonso XI a la casa de Lemos, por lo cual, a la gran prosperidad que tuvo este «burgo bono», sucedió una época de continuas luchas señoriales entre los Lemos y Benavente; en ciertos pasajes tocan a la leyenda. Como consecuencia última, el castillo fue destruido por los Hermandinos, y después de la derrota de éstos fueron obligados a reconstruirlo totalmente, por lo que el aspecto que presenta ahora es de fines del siglo XV, con un ala de habitaciones del siglo XVI, cuando Carlos I sentenció a favor de la villa un pleito que la misma tuvo con los señores de la fortaleza por los abusos de éstos, en 27 de octubre de 1534.

Don Angel del Castillo, al describir esta fortaleza, dice: «Admirablemente emplazada en lo más alto de la empinada colina en que la villa se asienta, dominando sus típicas callejuelas, alguna de las cuales aún conserva cierto aspecto medieval. Afecta la forma de un polígono irregular adaptado a la configuración de la colina, de cuya cerca se conservan, sobre todo, tres altas murallas, cuyo almenaje aún en gran parte las corona, defendidas por estrechas aspilleras y, en los ángulos, por torres de planta cuadrangular, en comunicación con el camino de ronda, pero con mucho mayor altura, para dominar, no sólo el campo exterior, sino también las propias murallas en caso de asalto. Al lado de una de las torres, la llamada del reloj, por tener el de la villa, consérvase una alta construcción, llamada la «tulla» o granero, sin duda por haberlo sido la planta baja, conservando en la alta aposentos, vivienda antaño. Centra la fortaleza la torre del homenaje, de planta rectangular con grandes garitones en los ángulos y en alguno de los frentes, aunque reformada en la parte superior, cuyo almenaje voladizo falta. Sobre la puerta de ingreso abierta al muro N. tiene las mismas armas que campean en la torre del homenaje: los lobos pasantes de los Osorios, el león y el castillo de los Enríquez y los seis roeles de los Castros. Rodéalo



Vista de una de las fuertes torres.

todavía en gran parte el muro exterior, apoyándose en alguna de las torres defensivas, a trechos almenado, que, probablemente, envolvía también a la villa.»

Esta edificación, toda de sillares de granito en hiladas regulares, con numerosos signos lapidarios, constituye una de las más interesantes de su clase de Galicia.

Sobre la puerta de uno de los torreones que dan al exterior hay una lápida cuya inscripción ha leído D. Vicente Risco así: «En el año de nro. señor XPo. de mil e quinientos e sesenta se acabó esta obra. Mandóla facer don pedro osorio conde de lemos e su muger doña beatriz ija del conde don pedro el primero, condestable de castilla virreis del rrey don alfonso, el que ganó las algeciras.» La letra es gótica y se halla sumamente desgastada.

Al regreso busquemos la Ribera Sagrada, por sus famosos monasterios, a las orillas del Sil, y visitemos las imponentes presas hidroeléctricas que han realizado en Galicia las obras más gigantescas en esta clase: Los Peares, Ribas de Sil, Belesar, eloquentes testimonios de cuánto vale y significa su elevadísimo exponente energético.



**camiones
autobuses
autocares**

Pegasus

Leyland Ibérica
S.A.

Distribuidor:

P.º del Marqués de Monistrol, 7-Tel. 247 44 00 (5 líneas)-MADRID

GRANDES FACILIDADES DE PAGO



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

Compañía de Seguros Reunidos, Sociedad Anónima
Fundada en 1864

Domicilio social: Madrid - Alcalá, 39

Capital social autorizado..... Ptas. 18 000.000,00
(totalmente desembolsado)

Reservas en 1.º SEMESTRE 1967	{ Patrimoniales Ptas 408 885 427,73 } { Matemáticas. » 801 245 483,09 } { Técnicas y provisiones. » 971 065 735,45 }	} » 2.184 196.646,27		

Total de capital social y reservas..... Ptas 2.202.196 646,27

Importe total de las primas recaudadas el año 1961 Ptas. 2.283 831.449,07

SEGUROS DE: INCENDIOS, VIDA, ACCIDENTES (Trabajo, Automóviles Responsabilidad Civil, Individuales), TRANSPORTES (Terrestres, Marítimos, Aéreos en sus modalidades de Casco's, Mercancías y Valores), ROBO y RIESGOS VARIOS (Cinematografía, Roturas, Pedrisco)

CONFERENCIAS



EL CASTILLO, FUENTE DE CULTURA Y RIQUEZA

POR FLORENTINO GOMEZ RUIMONTE

EL día 20 de diciembre pronunció una conferencia el doctor D. Florentino Gómez Ruimonte, Director de la Sección de Divulgación Cultural, sobre el tema «El castillo, fuente de cultura y riqueza». Hizo la presentación del orador el Marqués de Sales, Presidente de la Asociación.

El Dr. Gómez Ruimonte comenzó su disertación con un canto a España, a la que califica de paraíso de Occidente y la compara con Mesopotamia, donde tuvo su asiento el Paraíso terrenal. Justifica así la atracción que ejerció la Península Ibérica, no sólo en los pueblos cercanos, sino hasta en los más remotos, y con palabra amena hace desfilar ante nosotros sus distintos pobladores hasta llegar a los árabes.

Hace después un breve estudio de la dominación musulmana, base de todo nuestro sistema de fortificaciones, y nos describe personajes de aquellos siglos, relatando anécdotas y los hechos más característicos de sus épocas: El reinado de Orihuela y Alicante del conde Teodomiro; los amores de Abdelaziz, hijo de Muza, con Exilona, viuda de don Rodrigo; las victorias de don Pelayo en Covadonga y de Carlos Martel en Poitiers durante el emirato dependiente de Damasco; la llegada de Abderramán, de la familia de los Omeyas, huyendo de la revuelta abasida, y el acuerdo a que llegó con los cristianos sobre la utilización de la iglesia de San Vicente, luego mezquita de Córdoba; más tarde, el establecimiento de la Marca Hispánica por Ludovico Pío.

Sigue después el Dr. Ruimonte con la creación, en 912, del califato de Córdoba por Abderramán III, príncipe andaluz hijo

de María, cristiana, y nieto de Iñiga de Navarra, también cristiana; la derrota que en San Esteban de Gormaz le infligió Ordoño II y su victoria sobre éste en Valdejunquera, en 920; las represalias del citado rey cristiano con los condes de Castilla; la protección que la sultana Sobeya dispensó a Almanzor y las cincuenta y dos victoriosas campañas de este caudillo, entre las que descuellan las de Barcelona y Compostela; su derrota en Calatañazor y su muerte en Medinaceli.

Se refiere después el conferenciante a la anarquía que se enseñoreó de la España musulmana, la caída de la línea del Duero y la aparición de los reinos de Taifas, citando, como los más importantes, el de Toledo, que se mantiene hasta que en 1085 cae en poder de Alfonso VI; el de Sevilla, cuya capital fue conquistada en 1248 por Fernando III el Santo, y el de Granada, que se mantuvo hasta 1492, fecha en que lo recuperaron Isabel I y Fernando V.

A continuación, menciona las tres grandes invasiones africanas que se produjeron en estos siglos: la de los almorávides, que son contenidos en Valencia hasta 1102, tres años después de muerto el Cid, pero que derrotan en Uclés en 1108, a Alfonso VI, muriendo en esta batalla su único hijo, el infante don Sancho, habido con Zaida—Isabel—, hija del rey mahometano de Sevilla. La de los almohades, que derrotan en Alarcos, en 1195, a Alfonso VIII, pero que en 1212 son aniquilados por éste, aliado con Sancho VII de Navarra y Pedro II de Aragón en Las Navas de Tolosa. Y, por fin, la invasión de los benimerines, que se apoderan de Algeciras en 1333, pero son derrotados por Alfonso XI en el río Salado, en el año 1340.

Después de esta introducción histórica presenta una serie de diapositivas en color de los castillos de la línea del Duero comprendidos entre Aranda y Gormaz; así podemos admirar los de San Esteban de Gormaz, Peñaranda de Duero, Uceros, Osma y Gormaz, deteniéndonos en este último, base de operaciones de Almanzor, cuyo recinto fortificado, de una longitud igual a la mitad de la que tienen las murallas de Avila, ocupa toda la crestería de singular montaña, pudiéndose apreciar las características bizantinas de su traza, con las dos grandes torres, la del Homenaje y la de Almanzor, y la maravillosa puerta califal.

A continuación proyecta los castillos de la defensa de los lugares más estratégicos o vulnerables de la línea del Tajo: Buitrago, entre los primeros, y Escalona, entre los segundos. El pueblo de Buitrago conserva su recinto fortificado, cuya parte más débil está defendida por el castillo, también de características bizantinas. Y en cuanto al de Escalona, después de contemplar unas panorámicas de conjunto, vemos detalles de puer-

tas, adarves y torres albarranas que constituyen el recinto de lo que fue magnífica alcazaba, así como el castillo-palacio oji-val que mandó levantar don Alvaro de Luna en el interior de la fortaleza.

En otra colección de diapositivas, el Dr. Gómez Ruimonte nos muestra los castillos de Montalbán y Alarcón. Montalbán es otra formidable ciudadela base de operaciones, de origen visigodo, consolidada y enriquecida por los Templarios en el siglo XII con piezas orientales, entre las que resaltan las dos ciclópeas torres albarranas pentagonales. El conferenciante nos hace una breve semblanza de don Alvaro de Luna, por ser este castillo origen de su grandeza, al defender en él a don Juan II de Castilla del secuestro de sus primos los infantes de Aragón. Y con respecto a Alarcón, conquistada por Alfonso VIII en 1184, podemos apreciar las bellas perspectivas que ofrece esta villa fortificada, con sus torres, recintos, puertas y corachas que justifican su importancia estratégica desde la época romana.

El último conjunto de diapositivas que presenta el conferenciante es para que desfilen ante nuestros ojos, mostrando su belleza y colorido, una serie de castillos en buen estado de conservación, algunos completamente restaurados y habitados, que dan pie para considerar sus posibilidades de utilización desde muy diferentes facetas por constituir siempre núcleos de atracción turística, tanto nacional como extranjera, y a su sombra poder divulgar y dar salida a nuestra maravillosa artesanía y exquisitas vituallas, multiplicando así nuestra riqueza. Entre otros, recordamos los del Real de Manzanares, Villaviciosa de Odón, Villarejo de Salván, Portillo, Arévalo, Coca, Las Navas del Marqués, San Martín de Valdeiglesias, Guadamur, Malpica y el Alcázar de Segovia, apareciendo este último con la fachada Norte iluminada por el crepúsculo.

Terminada la proyección, el conferenciante hace algunas breves y acertadas consideraciones acerca de los castillos. Dice que son testigos de los momentos más sublimes de nuestra patria y el mejor aliciente para el conocimiento de su historia y el estudio de su arqueología. Son, asimismo, fuente de salud por el ambiente de tranquilidad que les rodea, y termina diciendo que no es posible encontrar mejor sedante que la contemplación de una puesta del sol desde las almenas de un castillo, a la hora del Angelus, cuando el leve tañido de las campanas de la iglesia nos invita a la oración.

El conferenciante supo dar a su disertación, ilustrada con acopio de datos y fechas, una gran amenidad, lo que hizo que desde su iniciación despertara el interés del distinguido auditorio, que, al final, le premió con cálidos y prolongados aplausos.

Ciudades monumentales de España

Una colección que ofrece gran interés para los Amigos de los Castillos y, en general, cuantas personas sientan devoción por la historia y el arte patrios.

Volúmenes de 250 a 360 páginas, tamaño 19 × 15 cm., ilustrados con una veintena de láminas que reproducen vistas fotográficas, encuadernación en simit tela, con sobrecubierta polícroma.

Acaba de aparecer el volumen

CIUDADES DEL SUR

(Cáceres, Badajoz, Huelva, Sevilla, Cádiz, Jerez de la Frontera, Córdoba, Jaén, Málaga, Granada, Almería, Murcia)

por

ANGEL DOTOR

Precio del ejemplar: 50 pesetas.

«El ilustre y polifacético escritor Ángel Dotor es uno de los pocos españoles conocedores del idioma y de sus más recónditos secretos, que le colocan en lugar de excepción al constatar el valor absoluto de las palabras y usar de ellas con precisión, no exenta de largueza, en cuanto al empleo de vocablos menos corrientes en la conversación normal, sí atinados siempre para matizar oraciones y dar elegancia a los giros. Cada una de las ciudades historiadas pasan ante los ojos del lector con diafanidad de cosa vista, dada la plasticidad de la prosa impar de Ángel Dotor, que ha logrado ensamblar la erudición en certera retórica para que no indigeste y se haga amable. Cualidad sólo otorgada a los buenos escritores cuando se acercan a temas históricos, para marcar la diferencia entre el historiador de ficha seca y el humanista conocedor de las posibilidades de la literatura y de la aportación lírica a la historia y al arte. De ambas cualidades participa el libro con que Dotor regala y deleita a los lectores. *Ciudades del Sur* me ha cautivado por las altas cimas que corona en relación con el pristino estilo, por la sencillez amable del relato, por poner al alcance del lector medio, sin descender de rango en erudición, intrincados problemas historiográficos y de definición de monumentos y obras de arte, en que tanto abundan las ciudades a que se refiere. Ángel Dotor, autor de muchos y valiosos libros, que han alcanzado los máximos honores de crítica y venta, se supera en éste como historiador, mentor en arte y como escritor concienzudo, de los pocos que van quedando con sentido de la responsabilidad y del buen gusto.»

(Del comentario de N. Sanz y Ruiz de la Peña, en *Libertad*, de Valladolid.)

Precedentemente publicados:

CIUDADES DEL CENTRO: Avila, Burgos, Cuenca, Palencia, Salamanca, Segovia, Sigüenza, Toledo, Valladolid, Zamora), por Ángel Dotor. Precio del ejemplar: 40 pesetas.

CIUDADES DEL NORTE: (La Coruña, Santiago de Compostela, Lugo, Orense, Pontevedra, Oviedo, León, Santander, Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Pamplona, Huesca, Jaca), por Joaquín Pla Cargol. Precio del ejemplar: 40 pesetas.

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos.
Plaza Mayor, 27, 3.º Teléfono 221 24 54

M A D R I D - 1 2

NOTICIARIO

Por A. D.

EL MARQUES DE SANTA MARIA DEL VILLAR

SABIDO es que el arte de la fotografía constituye uno de los medios expresivos y de difusión que más interés han merecido a esta entidad desde su constitución, dada la importancia que el mismo reviste para el conocimiento y estudio de los castillos y demás monumentos afines por cuya conservación nos esforzamos. De aquí que lo hayamos fomentado de múltiples maneras, según es notorio, o sea no sólo figurando como elemento primordial de una de nuestras Secciones de trabajo o materias, sino utilizándolo para publicaciones, conferencias, exposiciones, etc., a más, naturalmente, de crear un archivo que aspiramos reúna, mediante tenacidad y constancia, los clisés de todos los castillos españoles y esos otros monumentos de referencia. Natural es, por ende, que nos merazcan sincera admiración y fervorosa simpatía los maestros de la fotografía que han venido consagrándose de por vida a captar con entusiasta empeño, sin reparar en trabajos y dispendios, la vista de monumentos y paisajes, mediante peregrinaciones fatigosas y hasta arriesgadas, a lo largo y lo ancho del área peninsular, llegando a reunir considerable número de negativos en los que se plasma todo un conjunto de testimonios perdurables del arte y la historia, la naturaleza y el costumbrismo hispanos.

A este respecto acuden al recuerdo nombres ilustres dignos de todo encomio, no faltando entre ellos los de algunos que fueron o que son miembros de nuestra Junta Directiva, los cuales tantas pruebas tienen dadas de capacidad y entusiasmo, nombres que han figurado, con singular satisfacción para nosotros, al pie de no pocas reproducciones fotográficas aparecidas en este BOLETÍN. Empero, hoy queremos referirnos concretamente, como uno de los más excepcionales ejemplos, al Excmo. Sr. D. Diego Quiroga Losada, Marqués de Santa María del Villar, maestro y decano—probablemente con el Excelentísimo Sr. D. José Ortíz Echagüe—en esa admirable tarea de lograr vistas bellísimas, que han ilustrado libros, revistas y diarios, difundiendo así el tesoro artístico, monumental y paisajístico español. No cabe pormenorizar aquí, dado lo sumario

de esta glosa, cuanto al Marqués de Santa María del Villar ha representado en tan trascendente y meritísima empresa, realizada con sencillez y desinterés ejemplares a lo largo de seis décadas. Quienes somos sus amigos desde hace muchos años conocemos no sólo los altos ofrecimientos que en ocasiones se le hicieron, y que él modestamente declinó, para dirigir el turismo nacional, sino el número de clisés que llegó a poseer (ciento diez mil), y cómo perdió aquel verdadero tesoro, amén de otras cosas de valor, en el trienio de la lucha fratricida. «Mi deseo fue siempre conocer toda España—nos dice en una de sus frecuentes y largas epístolas—, llegar hasta sus más recónditos rincones y luego mostrarla, enseñarla, darla a conocer lo más y lo mejor posible. Sólo he tratado de servir con el alma y la vida a España y a su turismo.» Palabras que, como vemos, constituyen toda una ejecutoria.

El Marqués de Santa María del Villar, aunque ya octogenario en edad, pero joven de cerebro y corazón, continúa todavía consagrado con indecadente entusiasmo a esa labor tan de todos conocida, labor que halla la más feliz expresión en sus magníficas crónicas exaltadoras de las bellezas patrias, artísticamente ilustradas con maravillosas fotografías, que ven la luz en numerosas publicaciones, principalmente la espléndida revista *Luna y Sol* y el gran diario *A B C*. Cabe lamentar que esos trabajos, los cuales suman ya varios millares. no hayan sido agrupados en una obra de varios volúmenes, que contribuiría a divulgar aún más lo que es España. El ilustre caballero español que es el Marqués de Santa María del Villar no puede por menos de reconocer con pesadumbre la concluyente verdad de ser nuestro país mejor conocido por los extranjeros que por los propios españoles. Ahora ha recibido el más valioso lauro, que unirá a los que precedentemente se le concedieron sin él pedirlos ni desearlos: la Gran Cruz de Isabel la Católica, condecoración que hace tantos años merecía. Por ello le dedicamos estas líneas como parabién sincero y entusiasta de nuestra Asociación.

LA INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

Esta ilustre entidad zaragozana, promotora de la cultura valiéndose de diversos medios, principalmente la publicación de importantes libros y la organización de cursos, conferencias y certámenes, goza desde hace tiempo de merecido renombre, no sólo en España, sino también en diversos países extranjeros. Nos complace se nos brinde hoy la coyuntura de referirnos a ella, tributándole nuestro elogio, a propósito de su XCV ex-

posición, celebrada en noviembre último, la cual ha consistido en los dibujos de castillos de Aragón hechos por el notable artista Vicente García. Fue muy visitada, pudiendo el público admirar el fino estilo y la atinada expresividad del dibujante en su interpretación de famosas fortalezas del antiguo reino aragonés. He aquí las 27 que comprendía el catálogo: Loarre, Monzón, Trasmoz, Cetina, Daroca, Calatorao, Tarazona, Loarre, Calatayud, Borja, Monreal de Ariza, Maluenda, Albalate del Arzobispo, Alcañiz, Benabarre, Uncastillo, Mesones de Isuela, Embid de Ariza, Añón, Luesia, Montearagón, El Castellar, Alquézar, Albarracín, Rueda de Jalón, Illueca y Arándiga.

EL CASTILLO DE ARENAS DE SAN PEDRO

El Alcalde de esta ciudad tendrá un cambio de impresiones el próximo día 25 con los promotores de la reconstrucción del castillo de don Alvaro de Luna de esta localidad, donde se creará un gran hostel con la denominación de Triste Condesa. El Alcalde ha sido facultado por la corporación municipal para que gestione todo lo relacionado con la idea de crear un gran hostel en la histórica fortaleza, que impulsará extraordinariamente el turismo. Se desea también convertir a Arenas de San Pedro en una estación deportiva invernal para lo cual la compañía que explotará el gran hostel que se proyecta instalará un telesquí desde esta localidad a la sierra de Gredos por la vertiente sur del macizo central. También se está tratando de crear en esta población una industria conservera que daría trabajo a un buen número de obreros.

(Ya, Madrid, 20 noviembre 1962.)

EL CASTILLO DE SONCILLO

Cerca de Soncillo, como alto y atractivo remate del pueblo burgalés de Virtus, se levanta un castillo del siglo XV. Está medio derruido, pero unos andamiajes rústicos se elevan por uno de las torretas que dan al Sur. Por el lado opuesto, adosada a la parte más sana de la fortaleza, se mantiene una vieja vivienda de labradores acomodados. Es un castillo de propiedad particular. Lo hemos visitado con el hijo del propietario, de unos treinta años, que nació y sigue viviendo en la histórica arquitectura.

—Fue construido en 1446 por don Pedro Fernández de Velasco, Duque de Cantabria—nos dice Rosendo Díaz Mazorra, después de consultar un viejo libro de escudos y castillos—. Du-

rante muchas generaciones ha venido transmitiéndose la propiedad y, por lo visto, nunca estuvo deshabitado. Aquí vivieron mis bisabuelos, los abuelos y, ahora, nosotros...

El hogar tiene un no sé qué de arcaico, pero al mismo tiempo da la sensación de vivienda provisional, como si de generación en generación hubiesen soñado con reconstruir del todo la fortaleza y vivir con el soñado desahogo. Todas las estancias huelen a legajos rancios y a Edad Media. Se conserva aún la diminuta capilla y sobre los suelos de madera se extienden pieles de zorros, venados y jabalíes.

En este ambiente, entre escudos de armas y piedras históricas, sorprende enterarse que Rosendo Díaz trabaja en una Compañía de prospecciones petrolíferas. Cambian los tiempos. Durante los días de descanso, este joven ayuda a los canteros en la paciente labor de reconstruir altas almenas.

—Estamos en contacto con la Sociedad de Amigos de los Castillos, y es probable que se construya aquí un parador de turismo.

(*La Gaceta del Norte*, Bilbao, 27 noviembre 1962.)

CALATAÑAZOR, MONUMENTO NACIONAL

Por el Ministerio de Educación Nacional ha sido declarado conjunto monumental el pueblo de Calatañazor, situado a 34 kilómetros de Soria, villa con notables pervivencias de la Edad Media.

La iglesia, denominada de Nuestra Señora del Castillo, es del siglo XII, y en la misma se venera una imagen de la Virgen de estilo románico perteneciente al mismo siglo.

Desde el torreón del castillo, en la ladera poniente de la fortaleza, se divisan numerosos sepulcros antropoides rupestres, y no lejos del poblado se hallan las ruinas de un núcleo celtibérico conocido con el nombre de «Los Castejones», cuya antigüedad se remonta al siglo III antes de Jesucristo.—*Cifra*.

(*A B C*, Madrid, 23 diciembre 1962.)

EL PALACIO DE SALAZAR Y LA TORRE DE MUÑATONES

El palacio de Salazar, contiguo a la histórica torre de Muñatones, situado en Somorrostro, va a ser convertido en un parador de turismo. Esta mañana, la Diputación de Vizcaya y una importante empresa de automóviles de Bilbao firmarán el contrato para la construcción y explotación del nuevo hotel de ruta en la carretera de Bilbao a Santander.

Ayer hablamos con el arquitecto don Alvaro Libano, quien nos informó de los detalles del nuevo parador vizcaíno.

—Tendrá—nos decía el arquitecto—dieciocho habitaciones dobles, todas ellas con baño y decoradas al estilo de los paradores de turismo españoles. Además, se instalará un gran restaurante, terrazas, los servicios propios de un hotel, jardines, iluminación y una estación de servicio para automóviles.

Se trata de una decisión de nuestra Diputación Provincial que todos los vizcaínos verán con agrado. Cuando se inaugure se podrá contar con un lugar más, cerca de la villa, que ha de servir de solaz para cuantos deseen en las épocas estivales pasar una tarde agradable. Además, el hecho de habilitar en el pintoresco lugar un hotel, significa un paso más hacia esa carrera de fomento del turismo iniciada por nuestra Corporación provincial.

—La obra—me seguía diciendo el señor Libano—no es de mucha envergadura. La verdad es que no creo que surjan problemas, ya que el palacio de los Salazar fue reconstruido hace tiempo y ahora se halla en magnífico estado. Las columnas son fiel reproducción de las primitivas.

La Diputación de Vizcaya—como digo—será la encargada de la construcción del nuevo hotel, de sus accesos y jardines, y después, de acuerdo con el contrato que será firmado hoy, cederá la explotación—siempre de común acuerdo también—a una importante casa de automóviles que tiene la intención de crear en la provincia una cadena de este tipo de alojamientos.

—¿Cuándo podrá inaugurarse?

—Las obras darán comienzo pronto y habrá de inaugurarse en los primeros días del mes de junio. La ruta de Bilbao a Santander quedará, desde esa época, mucho mejor dotada para el turismo, ya que en uno de los rincones más pintorescos de la provincia se podrá contar con un magnífico parador.

La torre o castillo de San Martín de Muñatones—copiamos del libro *Catálogo de Monumentos de Vizcaya*, de Javier de Ybarra—fue declarada monumento histórico y artístico en octubre de 1944.

Fue adquirido por la Diputación de Vizcaya en 1949, y ya ese mismo año se realizaron obras de reconstrucción por la Dirección General de Bellas Artes. Se trataba de la más importante fábrica guerrera que se conservaba en Vizcaya de la época banderiza a pesar de hallarse en ruinas, habiendo sufrido los postreros desgarros durante la pasada guerra española, en que, derruido un esquinale de la torre, dejó al descubierto trozos de muro de la que ocultó Lope García de Salazar al ordenar levantar la actual a principios del siglo.

El palacio de los Salazar, contiguo al monumento histórico-

artístico de Somorrostro, que va a ser convertido en hotel por decisión de la Diputación vizcaína, no perderá para nada su carácter y su gran personalidad y, una vez habilitado, podrá ser visitado por los vizcaínos y por cuantos turistas deseen contemplar el histórico edificio.

(*El Correo Español-El Pueblo Vasco*, Bilbao, 23 enero 1963.)

VIAJE INTERNACIONAL DE ESTUDIOS 1963

Como en años anteriores, el Instituto Internacional de Castillos organiza un viaje de estudios en el cual pueden tomar parte sus miembros. Este año tendrá lugar en el 18 y 25 de mayo, y comprenderá los castillos de Piamonte y de Liguria, en el norte de Italia. Los participantes serán alojados permanentemente en la ciudad de Turín, desde donde se harán excursiones diarias. Continuando con la práctica iniciada en España el pasado año, se celebrará una reunión científica que tratará como tema general: Inventarios de Castillos. Asimismo tendrá lugar la Asamblea general del Instituto.

Para tomar parte en estos actos es preciso asociarse al Instituto. Los miembros de la Asociación Española de Amigos de los Castillos pagan una cuota reducida de 15 francos suizos, es decir, unas 205 pesetas.

GRAFICAS LUCENTUM, S. A.

- ❖ Modelación impresa ❖ Fichas ❖ Catálogos
- ❖ Revistas ❖ Juegos múltiples de registro exacto

CALIDAD - RAPIDEZ - SERVICIO

Huertas, 55 - MADRID - Teléfono 239 04 40

Bibliografía

MARTÍNEZ VAL, José María: *La batalla de Alarcos* Volumen de 21,3 × 16 cm., 40 págs., ilustrado con 3 mapas y 4 fotografías en láminas fuera de texto. Publicaciones del Instituto de Estudios Manchegos. Ciudad Real, 1962.

He aquí un estudio de sumo interés para el conocimiento de uno de los momentos culminantes en la lucha entre la Cruz y la Media Luna, fundamento de la existencia de muchas de las fortalezas medievales españolas, cuyo papel tan decisivo fue en aquélla, tal que la otrora importante de Alarcos, cabe el Guadiana, convertida posteriormente en el santuario aún subsistente, y varias otras enclavadas en la región, cuyos vestigios, mejor o peor conservados, todavía pueden ser contemplados. La batalla de Alarcos constituyó, como es sabido, un acontecimiento de capital importancia en el proceso reconquistador, por entrañar un descalabro para los reinos cristianos, cuyos ejércitos, ante el pujante empuje almohade, hubieron de retroceder desde la línea del Guadiana hasta la del Tajo; pero, no obstante, las enseñanzas que proporcionó la derrota resultaron en extremo útiles e incitadoras para lograr, tres lustros después, el magno triunfo de las Navas de Tolosa, a partir del cual cambió radicalmente el signo de la Reconquista.

En esta excelente monografía, admirablemente planeada y escrita con primor, ofrece el profesor Martínez Val una interpretación sobremediana atinada, penetrante y sugestiva de cuanto interesa saber acerca de aquel hecho trascendente de la pretérita vida del país. Así, comienza por exponer lo que él denomina «la ascensión política de Castilla», a continuación de lo cual traza las semblanzas de los dos grandes jefes enemigos: el Rey cristiano, Alfonso VIII, y el caudillo almohade, Abu Yacub Al-Mansur. Sigue otro capítulo consagrado a exponer «los ejércitos en presencia», en el que figuran apuntaciones muy interesantes, de gran significado esclarecedor respecto a lo que representaron las respectivas capacidades combativas, valiéndose de análisis de las fuentes más fidedignas. Tras esto describe la marcha almohade, resolviendo el debatido problema del llamado «Congosto», que permanecía inconcreto. Llega al desarrollo de la batalla, fijando concluyentemente la fecha en que fue librada—18 de julio de 1195—, y cuantos pormenores acerca de la misma interesa conocer. Y, finalmente, hace excelentes consideraciones en orden a las consecuencias cas-

trenses y políticas que tuvo la derrota. El autor reseña la escogida serie de fuentes documentales, tanto cristianas como musulimes, que han servido de apoyatura a su descripción y personales juicios, tras lo cual se cierra el trabajo con la reproducción gráfica de mapas y fotografías aéreas del paraje donde se preparó y fue librada la batalla.

El profesor Martínez Val presta con este estudio tan excelente de concepto y dicción, un magnífico servicio a la tarea investigadora y expositiva de un hecho que, pese a su trascendencia secular, vino presentándosenos un tanto desdibujado en el que es, a la vez, conocimiento del pasado manchego y proceso enjuiciador de la general Historia. Su labor de exaltación regional, ya extensa y que acrece cada día—es Director del Instituto de Estudios Manchegos y del de Enseñanza Media de la ciudad fundada por el Rey Sabio—, pone de manifiesto el poder de captación con que aquella noble tierra hace suyos a espíritus selectos y nobilísimos que, como este ilustre soriano de quien escribimos, radicanse en ella y no tardan en amarla como quien más de sus hijos, lo cual tanto hemos de agradecerle cuantos en la misma abrimos los ojos a la luz.

A. D.

PEINADO, Narciso: *Lugo monumental y artístico*. Vol. de 19 × 13 centímetros, 204 págs., ilustrado con 31 láminas fuera de texto. Ediciones «Celta». Madrid-Lugo, 1962

Este libro, escrito por nuestro colaborador don Narciso Peinado, miembro de la Real Academia Gallega, cuyo nombre va inseparablemente unido a cuanto supone conocimiento y exaltación de la Galicia artística, histórica y monumental, constituye, a la vez, una utilísima guía turística y un tratado magnífico para el estudio de la historia y el patrimonio estético de la ciudad lucense, indudablemente no conocida en el grado que merece. Resalta, desde la primera página de su texto, el amoroso empeño puesto por su autor en la tarea de brindar la exposición clara y metódica, ponderada y objetiva de cuanto de interesante ofrece la misma en los órdenes de referencia. El considerable caudal de datos acumulados en el volumen, todos ellos expuestos con tino y perfecta adecuación, son resultado de asidua tarea investigadora en fuentes documentales y copiosas lecturas del autor, gran enamorado de temas de altura donde se reflejan las genuinas glorias espirituales patrias.

En el prólogo se decanta ese valor de trascendencia perdurable que entrañan los monumentos y demás obras artísticas, por lo que tanto debe lamentarse la destrucción de que mu-

chos fueron objeto en tiempos pretéritos, así como el hecho de que los subsistentes no sean conocidos en el grado debido. Asimismo, exalta el autor la importancia de cuantos conserva la «Ciudad del Sacramento»—nombre que atinadamente, como es sabido, se da a Lugo—, y confiesa cómo su estudio ha sido hecho «no con el frío espíritu con que se produce un análisis de cosas muertas e inanimadas», sino «con ese amor que inculca el conocimiento de algo que encierra el alma de otras edades, el hálito de aquella época robusta y vencedora de la raza, el aroma embriagador y nostálgico de lo ido y acabado; pero que, a pesar del tiempo y del espacio, vive y perdura sobre estas piedras milenarias con una pátina de luz, de sol y de sangre, subiendo hasta la más alta clave envuelto en los espirales de incienso oriental y en las armonías sublimes y melodiosas de los *Psalmos* del Rey Profeta».

Tras una breve introducción, comprensiva de datos geográfico-turísticos de la ciudad, se inicia el contexto descriptivo con la famosa muralla—que comparte con la abulense la primacía entre las similares edificaciones españolas todavía subsistentes—. A continuación brindase el capítulo atinente a la Catedral, monumento al que dedicanse nada menos que 121 páginas, cifra que da idea de lo pormenorizada de su exposición histórico-descriptiva. Las 61 páginas restantes están consagradas a los demás monumentos, edificaciones y lugares lucenses dignos de interés para el visitante, figurando entre ellos, al lado de templos, palacios, antiguas plazas y calles, etc., diversas construcciones modernas, oficiales y particulares, de marcada significación en el conjunto urbano. También se cuentan en las páginas de referencia las que corresponden a bibliografía, significado de Lugo como importante jalón en la ruta de peregrinaciones jacobeanas y, finalmente, los alrededores de la ciudad. En cuanto a la parte de ilustraciones, o sea la que el autor denomina «galería fotográfica», con la que se cierra el volumen, comprende, como ya se dijo, 34 reproducciones, tiradas sobre papel estucado, en las cuales aparece la vista de lo más saliente que ofrece la bella y progresista ciudad gallega, a la cual rinde don Narciso Peinado, con su interesantísimo libro, un tributo sobremanera valioso, consciente y apasionado.

A. D.

MAZUECOS PÉREZ-PASTOR, Rafael: *Hombres, lugares y cosas de La Mancha*. Apuntes para un estudio médico-topográfico de la comarca. Fascículos de 23 × 17 cm., de unas 45 páginas cada

uno, con numerosas ilustraciones. Publicaciones de la Fundación Mazuecos. Alcázar de San Juan.

En reciente número de este BOLETÍN—el 37—nos ocupamos de la región manchega, a propósito de la gran revista de estudios regionales cuyo es el nombre de aquella, *La Mancha*, revista de marcado realce entre las de su clase, donde tan señalada importancia se concede al estudio y divulgación de los castillos y demás edificaciones afines, estudio no sólo histórico y artístico en sí, sino también el derivado de grandes hechos que tuvieron lugar en algunos de esos bastiones ya desaparecidos como tales, cual el de Alarcos, a que se refiere precisamente otra de las bibliografías incluidas en la presente sección. Pues bien: hoy traemos también aquí la glosa de las publicaciones debidas al Dr. Mazuecos, merecedoras de ser reseñadas y elogiadas sin restricciones, por existir en ellas, a más de elementos específicamente concomitantes con la antigua arquitectura castrense, un conjunto meritisimo de evocaciones costumbristas, un acervo de datos folklóricos, auténticas estampas provincianas de un pasado que a tantos nos cautiva como genuina proyección de las esencias raciales que debemos conservar sin permitir sean vencidas, anuladas, por el foráneo snobismo, artificioso y gregario, adocenado y nivelador, que dijérase pretende absorber, invalidándola, nuestra personalidad como uno de los pueblos más originales del Globo, en el que si se cuentan defectos, hay muchas virtudes con motivada aspiración de eternidad.

Ni que decir tiene que el Dr. Mazuecos es un manchego y español en quien se manifiesta la más preclara estirpe espiritual de la raza, hombre cultísimo, cirujano eminente, vocado a todo lo que represente hacer el bien por los cauces serenos de la verdadera elevación de sus semejantes. Aunque su ejercicio profesional, jalonado de notables triunfos y beneméritos y filantrópicos rasgos, fuera ya bastante para ocupar toda su actividad, ha sentido, empero, la estimuladora llamada que le lleva a exaltar ese pasado de su ciudad y su tierra exhumando tantos recuerdos, para él fáciles dada su prodigiosa memoria, y otros testimonios al alcance de contados coterráneos, resultado de lo cual son estos deliciosos cuadernos que con constante periodicidad nos viene brindando, cuyo número rebasa ya la docena. No sólo la vida popular, los acontecimientos en su día resonantes, los recios tipos paradigmáticos, la evolución urbana y el complejo costumbrista cotidiano de la ilustre ciudad de Alcázar de San Juan, verdadera capital geográfica de La Mancha—donde se mantiene viva la convicción de ser la cuna de Cervantes, por como lo reza así un documen-

to que muchos eruditos han tenido por apodictico—, sino otras noticias y descripciones regionales interesantísimas son desentrañados y recogidos por Mazuecos en esa ya extensa serie de páginas impresas, donde se refleja la historia local a lo largo de casi dos siglos. Con estilo directo y expresivo, de suma objetividad en el perfil colorista, recopila y recrea datos y anécdotas, sucesos, proyectos forjados y realizaciones conseguidas, todo ello merced a una verdadera suma de virtudes personales, entre las que la paciencia ilusionada alcanza grado increíble, así como un desinterés notorio, ya que su empresa le proporciona dispensos de consideración, si bien él se ve sobradamente compensado con el gozo de saber cumplir un deber íntimamente sentido y con la satisfacción de recibir algunos sinceros parabienes expresados por quienes admiran lo ejemplar de su caso, que llegan a considerarlo como verdaderamente quijotesco.

Ahora, cuando ya alcanza extenso cuerpo la labor histórico-literaria del Dr. Mazuecos, vemos con satisfacción cómo comienza a lograr también notoriedad y, lo que es más esencial, comprensión y reconocimiento. De ello da fe el hecho de que algunas plumas ilustres—entre ellas el maestro «Azorín»—la glosen en la Prensa con merecido encomio. Aunque tan frecuente es que se confirme la clásica sentencia *Nemo propheta est in patria sua*, en el caso del médico y escritor manchego no podía por menos de brindarse consoladora excepción. Así vemos cómo el Ayuntamiento alcazareño, interpretando el sentir popular, instruye a la sazón el oportuno expediente para concederle la Medalla de la ciudad, iniciativa a la que, apenas conocida, súmanse numerosas entidades, corporaciones y particulares—entre ellas valiosos escritores—, como expresión de solidaridad, en reconocimiento de los elevados méritos que la motivan. Nuestra Asociación se adhiere a la misma, pues no en balde quiere estar siempre en contacto alentador con las poblaciones españolas, a las que en mayor número cada año organiza excursiones para conocer sus monumentos y costumbres, estimando en lo mucho que valen esos hombres que, al igual que el Dr. Mazuecos, saben impedir tesonosamente se olvide la esencia tradicional, uno de los fundamentos de pervivencia de la gran Patria y su general Historia.

A. D.

REQUENA DÍAZ, Fermín: *Tiempos heroicos de la Antequera cristiana*. Vol. de 20 × 14,5 cm., 126 págs, ilustrado con 6 láminas. Gráficas San Rafael. Antequera, 1962.

Cronista y poeta, periodista y educador que a lo largo de

cinco décadas vino publicando muchos y meritisimos trabajos, Requena es, ante todo, un intérprete felicísimo de cardinales aspectos y figuras descollantes en la tierra malagueña durante los siglos de la Reconquista. Cuando hasta hace poco han venido apareciendo juicios encomiásticos acerca de su magnífico libro *El emirato malagueño de los Beni Hafsun*, en el que se amalgaman ejemplarmente el rigor reconstructivo y el poético aliento evocador, he aquí que nos ofrece esta otra producción, *Tiempos heroicos de la Antequera cristiana*, cuyos méritos sirven para reafirmar el alto concepto con que el autor ha sido enjuiciado por numerosos y autorizados críticos, pues este libro patentiza, efectivamente, la dedicación de Requena al cultivo de temas relacionados con el pasado histórico andaluz que conservan singular atractivo, por lo cual son merecedores de exposición esclarecedora y objetiva.

En *Tiempos heroicos de la Antequera cristiana* se traza la crónica de las seis décadas del pasado de la ciudad inmediatamente siguientes a su reconquista por los ejércitos castellanos, décadas en las que los famosos adalides Narváez—Rodrigo, Pedro y Fernando—sucedieron en la alcaidía de aquella gran plaza andaluza, una de las mejor fortificadas de la época, con castillo y murallas que durante gran parte de dicho bélico periodo constituyeron formidable bastión defensivo avanzado en el campo granadino. El autor describe con vigor y agudeza, valiéndose de prosa a la vez sencilla y de colorista expresividad, cuantos acaecimientos revistieron marcado interés, el primero de los cuales fue la reconquista de Antequera por el Infante don Fernando—que por hecho tan brillante vería agregado a su nombre el de la ciudad—, luego elegido en Caspe monarca aragonés. Las peripecias bélicas de aquel periodo, en que tantos encuentros hubo con el enemigo, empeinado en su intento de apoderarse nuevamente de Antequera, son descritas con veracidad y tino, y lo mismo que de esos episodios cabe decir de cuanto se refiere al relieve personal de aquellos valientes capitanes que defendieron la ciudad y la organizaron admirablemente para la resistencia y el desarrollo de su vida civil, hasta que, llevada más lejos la frontera, fue ya menor el peligro. Interpolados en la crónica aparecen sugestivos relatos, plenos de poesía y ensueño—sabido es cómo la Historia y la leyenda, en feliz consorcio, dan vida a narraciones de suprema belleza, en las que respladecen aquellos mágicos dones de hidalguía y caballerosidad que explican el encanto de las mismas—, con los cuales se peralta el singular atractivo del libro.

A. D.

CASTILLOS ESPAÑOLES EN EL «MEDITERRANEO
AMERICANO»

VIGNERAS, L. A.: «Fortificaciones de la Florida», *Anuario de Estudios Americanos*, t. XVI, págs. 533-552, con 4 láminas. Sevilla, 1959 (1962).

RODRÍGUEZ DEL VALLE, Mariana: «El castillo de San Felipe del Golfo Dulce», *Anuario de Estudios Americanos*, t. XVII, páginas 1-103, con 2 figuras y un mapa. Sevilla, 1960 (1962).

ZAPATERO, José Manuel: «La batalla que decidió la suerte de la isla de Trinidad», *Revista de Historia Militar*, núm. 11. Madrid, 1962.

El estudio de las fortificaciones que los españoles levantaron en las costas del llamado Mediterráneo Americano (Golfo de México y Mar Caribe), así como las batallas en las que ellos jugaron, tiene una gran importancia por representar la última fase de un largo periodo brillante de nuestra arquitectura militar. A los numerosos trabajos ya existentes vienen a sumarse los tres que ahora se comentan, y que, sin cerrar un ciclo, contribuyen bastante a completar el estudio aludido.

Una gran parte de los trabajos proceden de la Escuela Hispano Americana de Sevilla, que se ha dedicado metódicamente al estudio de las fortificaciones en el Golfo de México y en el Mar Caribe, sin olvidar otras zonas, como hicieron Rodríguez Casado y Pérez Embid con las construcciones militares del Virreinato del Perú.

Así, José Antonio Calderón inicia con San Fernando de Omoa (1) y prosigue con Río Tinto (2) el estudio sistemático de las fortificaciones españolas en el Mar Caribe, que habría de incluir desde Peten Itza y San Felipe de Bacalar, pasando por Santo Tomás y San Felipe del Golfo Dulce y San Fernando de Omoa, los dos fuertes de la Inmaculada Concepción en el río Tinto y en el río San Juan, y el de San Fernando de Martine. Están ya echados los planes que han de conducir al estudio completo de esta cadena de fuertes.

También fuera de España los estudiosos se preocupan de

(1) Calderón Guijarro, José Antonio: «El fuerte de San Fernando de Omoa. Su historia e importancia que tuvo en la defensa del Golfo de Honduras», *Revista de Indias*, t. III, págs. 514 y 548, y t. IV, páginas 127-164, con 13 láminas. Sevilla, 1942-1943.

(2) Calderón Guijarro, José Antonio: «Un incidente militar en los establecimientos ingleses en Río Tinto (Honduras) en 1782», *Anuario de Estudios Americanos*, t. II, págs. 761-784. Sevilla, 1945.

esta materia. La señorita Wright (3) estudia San Cristóbal de La Habana; Chatelain (4) y el Padre Zubillaga (5) se dedican en general a la Florida; Manucy (6) dedica dos opúsculos al castillo de San Marcos, en este mismo territorio; Alessio Robles (7) rememora los presidios de la Nueva España septentrional, y Blanco (8) y De Hostos (9) se ocupan de Puerto Rico.

La Escuela Hispano Americana prosigue sus trabajos. Gil Munilla (10) estudia el conflicto con los ingleses en 1770; Calderón Guijarro (11) se ocupa de los ingenieros militares en Nueva España, y Céspedes del Castillo (12), de la defensa del istmo de Panamá. Un estudio de Angulo (13) sobre el arquitecto Bautista Antonelli da una buena idea de fortificaciones en América en el siglo XVI.

Dos magníficos libros vienen a enriquecer esta bibliografía. El primero de ellos, debido a Enrique Marco Dorta (14), estudia a Cartagena de Indias, que, según lo describe, era considerada como «uno de los puertos mejores del mundo». En sus 324

(3) Wright, Irene A.: *Historia documentada de S. Cristóbal de La Habana en el siglo XVI y primera mitad del XVII*, 3 tomos. La Habana, 1927-1930.

(4) Chatelain Verne, E.: *Military Defenses of Spanish Florida (1565-1763)*. Washington, 1941.

(5) Zubillaga, S. I., Félix: *Monumenta Antiquae Florida*. Roma, 1946.

(6) Manucy, Albert C.: *The Building of Castillo de San Marcos*, 33 págs. Washington, 1942. *The History of Castillo de San Marcos*, 38 págs. Washington, 1943.

(7) Alessio Robles, Vito: *Diario y derrotero de lo caminado, visto y observado en la visita que hizo a los presidios en Nueva España Septentrional el Brigadier Pedro de Rivera*. México, 1946.

(8) Blanco, R. T.: *Los tres ataques británicos a la ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico: Drake, 1595; Cliford, 1598; Abercromy, 1799*, 135 págs. y 15 láminas. San Juan Bautista de Puerto Rico, 1947.

(9) De Hostos, Adolfo: *Ciudad Murada. Ensayo acerca del proceso de la civilización en la ciudad murada de S. Juan Bautista de Puerto Rico*. La Habana, 1948.

(10) Gil Munilla, Octavio: «Malvinas. El conflicto anglo-español de 1770», *Anuario de Estudios Americanos*, t. IV, págs. 267-422. Sevilla, 1947.

(11) Calderón Guijarro, José Antonio: «Noticia de ingenieros militares en Nueva España en los siglos XVII y XVIII», *Anuario de Estudios Americanos*, t. VI, págs. 1-72. Sevilla, 1949.

(12) Céspedes del Castillo, Guillermo: «La defensa militar del istmo de Panamá a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII», *Anuario de Estudios Americanos*, t. IX, págs. 235-275, 4 planos. Sevilla, 1952.

(13) Angulo Iñiguez, Diego: *Bautista Antonelli. Las fortificaciones americanas en el siglo XVI*. Madrid, 1943.

(14) Marco Dorta, Enrique: *Cartagena de Indias. La ciudad y sus monumentos*, 326 págs., 100 figuras, 170 láminas y abundante bibliografía. Escuela de Estudios Hispano Americanos. Sevilla, 1951.

páginas, con abundantes láminas y bibliografía, se estudia exhaustivamente este puerto español en Indias, que con Veracruz, Portobello y La Habana constituyen las llaves de nuestro comercio y nuestra dominación en aquellos parajes. El segundo libro es debido a la prolífica pluma de José Antonio Calderón (15) y estudia las fortificaciones de Nueva España a lo largo de 332 páginas, con numerosos planos y láminas. La importancia de este Virreinato, eje político de los territorios de Luisiana y Florida, al norte de las Grandes Antillas, y de Guatemala, al sur, quedan evidentes en los tres frentes de defensa estudiados. Uno, a lo largo del Golfo de México, con las murallas de la ciudad y puerto de Veracruz, y frente a él el castillo de San Juan en el islote de Ulúa, amén del fuerte de San Carlos de Perote en el interior. Otro, en la península de Yucatán, con los fuertes de Campeche, del Carmen en la Laguna de Términos, de San Felipe de Bacalar, la ciudad de Mérida, y, en su puerto, el reduto de Sisal. Finalmente, un tercer fuerte en la costa del Pacífico, con el castillo de San Diego en Acapulco.

Continuando el plan establecido, Trigueros Boada (16) estudia la defensa del Río San Juan de Nicaragua; la Srta. García Bruña, San Fernando de Matine, y la Srta. Heredia Herrero (17), la isla Margarita. En Madrid, Castellero (18) estudia el castillo de Chegres, y Demetrio (19), la Guayana. Usando los fondos del Servicio Histórico Militar, nuestro compañero de Junta Juan Manuel Zapatero estudia el papel que estas fortificaciones hicieron en las contiendas por España sostenidas, trata de San Fernando de Omoa (20), Cartagena de Indias (21), San Juan de

(15) Calderón Guijarro, José Antonio: *Las fortificaciones de Nueva España*, 336 págs., 174 planos y 183 láminas. Escuela de Estudios Hispano Americanos, Sevilla, 1953.

(16) Trigueros Boada, Roberto: «Las defensas estratégicas del río de S. Juan de Nicaragua», *Anuario de Estudios Americanos*, t. XI, páginas 413-513, 20 láminas y un mapa, Sevilla, 1954.

(17) Heredia Herrera, Antonia: «Las fortificaciones de la isla Margarita en los siglos XVI, XVII y XVIII», *Anuario de Estudios Americanos*, t. XV, págs. 429-514, con 14 láminas. Sevilla, 1958.

(18) Castellero, Ernesto: «Grandeza y decadencia del castillo de San Lorenzo de Chegres», *Revista de Indias*, t. XIV, págs. 509-519. Madrid, 1954.

(19) Demetrio, Ramón: «La defensa de la Guayana», *Revista de Indias*, t. XVI, págs. 527-589, con 7 láminas. Madrid, 1956.

(20) Zapatero, Juan Manuel: «Del castillo de S. Fernando de Omoa, antigua Audiencia de Guatemala», *Revista de Indias*, t. XIV, págs. 277-306, con 4 láminas. Madrid, 1954.

(21) Zapatero, Juan Manuel: «La heroica defensa de Cartagena de Indias ante el Almirante Vernon, en 1741», *Revista de Historia Militar*, t. I, págs. 115-154, con 8 láminas y un mapa fuera de texto. Madrid, 1957.

Puerto Rico (22 y 23), el Istmo Centroamericano en conjunto (24) y Cuba (25).

Este es el panorama bibliográfico que vienen a complementar los tres trabajos que reseñamos:

El de Vigneras estudia el Fuerte de San Agustín, en Florida, entre 1585-1586 y el Fuerte de Santa Elena, en la misma península. El artículo de la señorita Rodríguez del Valle no sólo trata del castillo de San Felipe del Golfo Dulce y las distintas vicisitudes por que pasaron los fuertes y puertos de Guatemala, sino que manifiesta una visión muy completa del conjunto defensivo centroamericano, planteando esta problemática con un carácter total. Finalmente, el trabajo del Dr. Zapatero estudia meticulosamente, como es en él costumbre, la adversa batalla que decidió la suerte de la isla de Trinidad y las distintas implicaciones militares y políticas con ellas relacionadas.

No debe terminar este comentario sin desear que, siguiendo la trayectoria antes mencionada, se estudien otros importantes puntos fortificados del Mediterráneo Americano, como La Habana y Portobelo, en beneficio de los enamorados de este florón glorioso de nuestra arquitectura militar.

L. V

Boletín núm. 17 del Instituto Internacional de Castillos. 1962.
56 págs.

Este *Boletín* se reparte a los asociados del mencionado Instituto. El número de referencia está dedicado en su mayor parte a España.

Aparece, en primer lugar, un artículo en inglés escrito por nuestro directivo Dr. Villena, en que se discuten los antecedentes históricos, el desarrollo de la arquitectura militar española y los elementos típicos en el castillo español, terminando con una bibliografía que incluye como tratados, en lengua española, los libros de Candamo, Conde de Gamazo, Monreal y Riquer, Ortiz Echagüe y Sarthou, y, en lenguas extranjeras, los trata-

(22) Zapatero, José Manuel: «El periodo de esplendor de las fortificaciones de S. Juan de Puerto Rico», *Asinto*. Madrid, 1958.

(23) Zapatero, J. M.: «El último ataque inglés a S. Juan de Puerto Rico», *Revista de Historia Militar*, núm. 4. Madrid.

(24) Zapatero, J. M.: «Las fortificaciones y la defensa del istmo centroamericano en la contienda angloespañola del Caribe», siglo XVIII, *Asinto*. Madrid, 1959.

(25) Zapatero, J. M.: «La batalla por la isla de Cuba», *Revista de Historia Militar*, t. V. Madrid, 1961.

dos de Bodo, Bordejé, Pillement, Terrasse y Washburn. A continuación aparece un estudio en francés, debido a la inagotable pluma del Sr. Bordejé, en que se estudia la legislación y protección, las causas de abandono y la restauración y conservación de los castillos españoles, acopiándose un cúmulo extraordinariamente interesante de datos sobre estos puntos de vista. Sigue un estudio en alemán del Dr. Greci del castillo aragonés de Ischia, en el que tanta influencia tuvo la cultura catalano-aragonesa. Finalmente, el Prof. Uri estudia, en francés, el castillo de Peñíscola, acompañando croquis del autor y una numerosa bibliografía. El *Boletín* termina con una descripción en inglés del castillo de Rosendael (Holanda), nueva sede del Instituto Internacional de Castillos.

L. V.

Catálogo de Atlas (Archivo de Planos). Servicio Geográfico del Ejército. Madrid, MCMLXII; un volumen; 420 págs., en rústica, tamaño 21 × 28 cm.

El Servicio Geográfico del Ejército ha publicado un interesante *Catálogo de Atlas*, recopilador del valioso material cartográfico que conserva en sus Archivos. Con esta aportación se facilita y pone al alcance de los historiadores, geógrafos, investigadores y tratadistas de esta ciencia un amplio conocimiento que habrá de servir de fuente de primer orden. Los alcances y su importancia histórico-cartográfica son atinadamente expuestos en el erudito prólogo del Sr. Aparicio Miranda, Coronel de E. M., Jefe del Servicio Geográfico, distinguiendo en sus consideraciones la paciente labor del recopilador, Teniente Coronel de E. M. don Manuel García Baquero, que, cumpliendo las directrices e indicaciones para su redacción, ha realizado una labor de gran método y técnica expositiva.

Reseña el *Catálogo de Atlas* el número de 329 originales, perfectamente inventariados, con señalamiento de título, autor, fecha y tamaño, unido a una breve, pero concreta nota del contenido de cada uno de los Atlas, con las referencias explicativas del caso y precisión de la signatura de Archivo. Ello facilitará la labor investigadora y proporciona la más completa noticia de semejante riqueza.

Refleja su importancia la cita de su antigüedad histórica: los primeros ejemplares pertenecen a 1501, 1507, 1535, 1541. Es decir, la primera mitad del siglo XVI, contándose entre ellos algunos de alto valor, como lo son dos atlas manuscritos en pergamino, estilo portulano, de Juan de Ortiz y Joannes Oliva; tres traducciones de la *Geografía de Ptolomeo*, por el Evangelista Tonsino y Miguel Villanovano (Miguel Servet); siete edi-

ciones de la obra de Abraham Ortelio, y la de Geog. Braum, en cuatro tomos.

Del siglo XVII resaltan varias ediciones de Mercator y de sus sucesores Hondio y Janssonio; la obra completa de Juan Blaeu, y otras de Van Alphan, Arent Roggeveen, Nicolás Jansz Vooght, etc.

Predominan del siglo XVIII, los cartógrafos franceses, ediciones de Sanson—padre e hijo—, Nicolás de Fer, Delisle o De Lisle, D'Aville, Gueudeville, Busche, etc. Entre los ingleses: Jefferys, Moll, Dunn, Bowen, etc. De Alemania, Seütter y Homman. De Italia, Zatta. De Rusia, Pribiloff. De España, Tomás López y su hijo Juan, así como Tofiño, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, entre los más sobresalientes.

De los últimos siglos se registra un total de 170 Atlas, que comprenden las principales obras publicadas por los mejores cartógrafos en diferentes naciones.

J. M. Z.

En esta sección se publicará la reseña de todos los libros y revistas total o parcialmente relacionados con los castillos y, en general, con la arquitectura militar antigua, de los que se envíen dos ejemplares al señor Redactor Jefe del BOLETÍN, Plaza Mayor, 27, 3.º, Madrid-12.

DEBORAH KERR

iSUSPENSE!



JANCO,



**MICHAEL REDGRAVE
MEGS JENKINS
PAMELA FRANKLIN
MARTIN STEPHENS**

**DIRECTOR:
JACK CLAYTON**

CINEMASCOPE



Publicaciones de la Asociación Española de Amigos de los Castillos

BOLETIN SOCIAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION

<i>Un año (cuatro números)</i>	60 ptas.
<i>Número corriente</i>	20 »
» <i>atrasado</i>	26 »
» <i>especial, homenaje en el IV centenario de la muerte del Rey Emperador Carlos I de España y V de Alemania</i>	30 »
Números publicados: 40.	
Agotados los números 1, 2, 12, 13 y 14.	

OTRAS PUBLICACIONES

	PRECIO
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1955	15,— ptas.
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1956	20,— »
Bordejé Garcés, Federico: «Castillos desde el aire», 1957	(Agotada)
Dotor y Municio, Angel: «Alarcón, inédito paradigma del arte y la historia patrios»	15,— »
Dotor y Municio, Angel: «Los Castillos de Segovia» .	(Agotada)
Layna Serrano, Francisco: «Atienza, su castillo y la <i>caballada</i> »	15,— »
Layna Serrano, Francisco: El castillo-palacio de los Obispos de Sigüenza	15,— »
Marañón, Gregorio: «Los castillos en las Comunidades de Castilla»	12,— »
Prast, Antonio: «La torre del homenaje del castillo de la Mota de Medina del Campo»	15,— »
Rico de Estasen, José: «Loa apasionada de los castillos españoles»	12,— »
Sanz y Díaz, José: «Panorámica con el castillo de Molina al fondo»	10,— »

Pedidos: a la oficina de la Asociación

PLAZA MAYOR, 27, 3.º - TELEFONO 2 21 2 4 5 4

MADRID - 1 2

Agotada en dos años la segunda, acaba de presentarse al público la tercera edición de la notable obra

CASTILLOS DE GUADALAJARA

escrita por nuestro consocio y cronista de dicha provincia

ILMO. SR. D. FRANCISCO LAYNA SERRANO

Trata con amplitud de 37 castillos; a la documentación se une la amenidad en la descripción de fortalezas y paisajes, y en curiosos relatos o esbozos bibliográficos. Casi es un libro de viajes, y esto aumenta sus atractivos. Esta *tercera edición* resulta muy mejorada respecto a la anterior; por ello y ser corta la tirada resulta bastante más cara, pero no obstante el precio de venta sigue inalterable.

Volumen de 20 × 28 centímetros, con 550 páginas, 130 ilustraciones en negro, cinco láminas en color y encuadernación en tela con planchas doradas,

250 PESETAS

Los miembros de esta Asociación obtendrán un descuento del diez por ciento, si piden ejemplares directamente al autor, calle de Hortaleza, 106, Madrid, o a la oficina de la Asociación Plaza Mayor, 27, 3.º.

CASTILLOS DE AYER...

Señores de hoy...

Los caballeros son nuestros clientes



Peluquería del Hotel Hilton

Madrid

Galerías

Preciados

Madrid

SEGUNDA EDICION DE

CASTILLOS EN CASTILLA

por el Excmo. Sr. CONDE DE GAMAZO
con prólogo del Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia,
de la Real Academia de la Historia

Volumen de gran formato. 34 × 24 cm., XL + 200 págs.,
impreso en papel especial e ilustrado con 36 grabados en el
texto y 8 planos y 46 láminas (de ellas 30 reproducciones foto-
gráficas y 16 dibujos originales de D. Casto de la Mora)

Una de las obras fundamentales sobre la materia, magnífica
guía histórico-descriptiva para el conocimiento de una treintena
de castillos de primer orden situados en la región castel-
lano-leonesa (provincias de Valladolid. Palencia, Segovia,
Zamora y Avila).

Precio del ejemplar: En rústica, 360 pesetas.

En piel valenciana con estampados en oro, 470 pesetas.

(A los miembros de la Asociación, 10 % de descuento)

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos
PLAZA MAYOR, 27 - MADRID-12 - TEL. 221 24 54

ASOCIACION ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

SECCION DE DIVULGACION CULTURAL

Visita a Córdoba

ITINERARIO

991 Km.

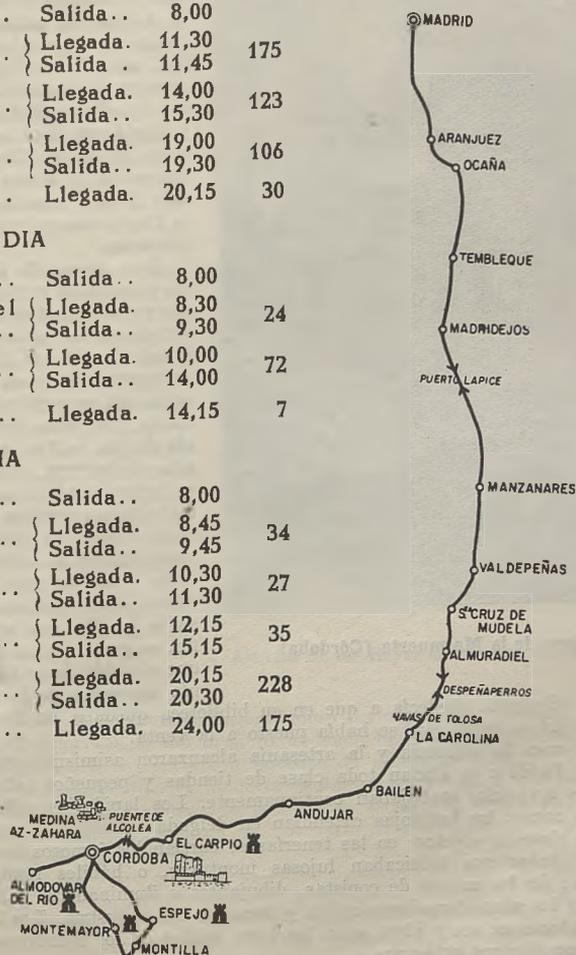
PRIMER DIA		Horario	Km.
Madrid.....	Salida..	8,00	
Manzanares....	Llegada.	11,30	175
	Salida .	11,45	
Bailén.....	Llegada.	14,00	123
	Salida..	15,30	
El Carpio....	Llegada.	19,00	106
	Salida..	19,30	
Córdoba.....	Llegada.	20,15	30

SEGUNDO DIA

Córdoba.....	Salida..	8,00	
Almodóvar del Río.....	Llegada.	8,30	24
	Salida..	9,30	
Medina al-Zahra...	Llegada.	10,00	72
	Salida..	14,00	
Córdoba.....	Llegada.	14,15	7

TERCER DIA

Córdoba.....	Salida..	8,00	
Montemayor...	Llegada.	8,45	34
	Salida..	9,45	
Espejo.....	Llegada.	10,30	27
	Salida..	11,30	
Córdoba.....	Llegada.	12,15	35
	Salida..	15,15	
Manzanares....	Llegada.	20,15	228
	Salida..	20,30	
Madrid.....	Llegada.	24,00	175

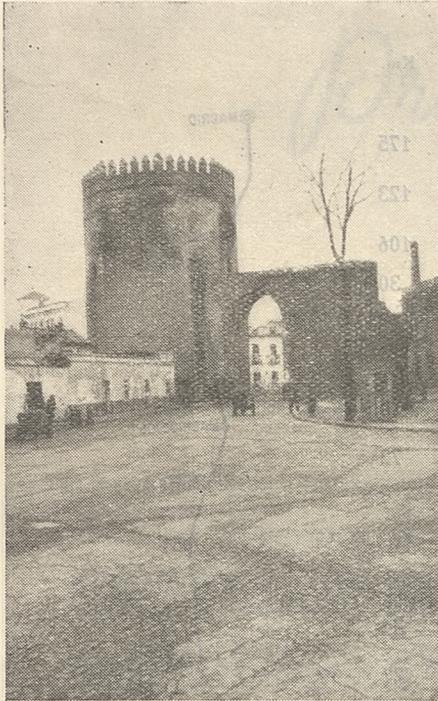


OFICINA SOCIAL: PLAZA MAYOR, 27, 3.º

TELEFONO 2 21 24 54

LA importancia que en la antigüedad tuvo la actual Córdoba arranca de la época romana cuando Claudio Marcelo fundó una colonia en una estratégica posición de la Bética, nudo de comunicaciones y principal mercado del valle del Guadalquivir.

Conquistada España por los musulmanes, para su gobernación se formó un emirato dependiente del Califato de Damasco, que se estableció en Córdoba, sucediéndose después un período de guerras intestinas que dio como resultado la proclamación, como emir independiente de aquel Califato, de Abderramán I, único miembro de la familia de los Omeyas que había logrado pasar al Africa, escapando a la persecución y a la matanza desencadenada contra esta familia por la de los Abbasidas, cuando la desposeyeron del trono de Damasco. Esta forma de emirato independiente se mantuvo hasta que en el año 912 Abderramán III estableció el Califato de Córdoba y se proclamó príncipe de los creyentes.



Torre de la Malmuerta (Córdoba)

Durante la dominación musulmana Córdoba llegó a ser la rival de Damasco, Bagdad y Constantinopla, y se le puede llamar la Atenas del Islam. A sus numerosas escuelas acudían estudiosos de todos los países, no sólo de Europa, sino de los más remotos del mundo, atraídos por la fama que de ellas se había extendido por Oriente y Occidente. Los astrónomos, los filósofos y los poetas de Córdoba gozaban de justo renombre, y a sus médicos acudieron en más de una ocasión los reyes cristianos de la Península en busca de remedio para sus dolencias.

Este desarrollo de la cultura hacía que los principales personajes cordobeses protegieran a los estudiosos. Hubo en Córdoba sinnúmero de valiosas bibliotecas; la que formó el califa Al-Hakam constaba de más de cuatrocientos mil volúmenes, y otros sesenta mil se publicaban al año. La aristocracia y la gente adinerada siguió el ejemplo de los califas, aunque no siempre con afán de cultura, sino con el de aparentar, y formó también sus bibliotecas. A este respecto, un cronista árabe cuenta que cierto día acudió un estudioso a un mercado de libros donde se subastaban las obras más raras o las de más delicadas encuadernaciones. Por el mismo volumen que él deseaba pujaba un contrincante, quien, al fin, se quedó con el libro. Luego manifestó que ni sabía de qué trataba ni tampoco tenía intención de leerlo; el motivo que le

impulsó a adquirirle obedecía a que en su biblioteca quedaba un hueco, justamente igual al tamaño del volumen que se había puesto a la venta.

El comercio, la industria y la artesanía alcanzaron asimismo gran desarrollo y en la capital del Califato se abrían toda clase de tiendas y pequeños talleres manuales en los que hábiles artesanos trabajaban continuamente. Los lapidarios tallaban las piedras preciosas más caras; los batihojas extendían en delgadas láminas de oro; los orfebres cincelaban toda clase de objetos; en las tenerías se curtían los famosos cordobanes, con los que luego los talabarteros fabricaban lujosas monturas, o hábiles repujadores en cuero los embellecían; de las manos de copistas, dibujantes e iluminadores salían preciosas páginas que después los encuadernadores cosían y forraban con maestría. Los bordadores realizaban delicadas labores en oro y plata sobre las telas salidas de los numerosos telares de Córdoba, o tejidas por diestros artesanos.

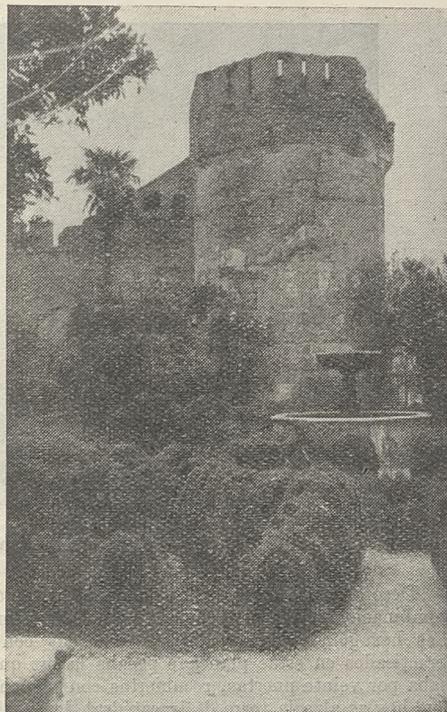
A imitación de los palacios que edificaban los califas, aristócratas y magnates levantaron numerosas residencias, a las que embellecieron con jardines, estanques y fuentes. Abderramán I residió muchos años en un palacio que hizo construir en la Ruzafa, el

que rodeó con un extenso jardín. Era tal la afición que este emir sentía por las plantas, que comisionó a varios servidores para que se desplazaran a Oriente y le trajesen semillas y plantas que consiguió aclimatar en sus jardines, en los que crecían gran número de árboles exóticos.

La población llegó a alcanzar un enorme desarrollo. Los cronistas árabes dicen que el número de palacios era de seis mil y el de casas, según un censo que mandó hacer Almanzor, era de más de doscientas setenta mil. Tenía más de mil seiscientas mezquitas y por encima de novecientos baños públicos. Baste decir que su extensión era entonces ocho veces mayor que la actual, estando constituida la capital por dos núcleos principales: la Medina, en la que estaba la Mezquita y el Alcázar árabe, situados frente al puente, y la Ajarquía.

Córdoba fue cuna de ilustres personajes. En ella nacieron Marco y Lucio Anneo Séneca; Lucano; el obispo Osio, que presidió el Concilio de Nicea; los filósofos Averroes, musulmán, y Maimónides, judío; el médico Avicena, denominado Príncipe de la Medicina; el famoso caudillo Almanzor. Y luego, ya reconquistada por los cristianos, los poetas Juan de Mena y Luis de Góngora; el historiador Ambrosio de Morales; el pintor Pablo de Céspedes, y el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba.

Córdoba estuvo rodeada de murallas, construidas con sillares labrados en piedra extraída de la sierra, y en su recinto se abrían siete puertas. El puente sobre el río Guadalquivir fue construido por los romanos y tiene dieciséis arcos y doscientos veintitrés metros de longitud; los árabes hubieron de reconstruirle en varias ocasiones y una de ellas con sillares del antiguo recinto romano; desde que los cristianos reconquistaron la ciudad en el año 1236, en tiempo de Fernando el Santo, fue objeto de numerosas reparaciones, apreciándose en él las diversas épocas en que se llevaron a cabo. Para la defensa de este puente los musulmanes levantaron, en la margen izquierda del río, un castillo llamado de la Calahorra, de planta cruciforme, con torreones cuadrangulares y circulares, situados éstos en la intersección de aquéllos, y todos coronados con almenas piramidales. La barbacana es poligonal y tiene también cuerpos circulares. Este baluarte fue reformado por Enrique II y en la actualidad está instalado en él el Museo Histórico.



Alcázar de los Reyes Cristianos (Córdoba)

Alfonso XI construyó un alcázar, al que rodeó de una muralla almenada, elevando un torreón en cada una de las esquinas. Estos torreones son los del Homenaje, de la Vela, de los Jardines y de los Leones. La torre de la Vela se derrumbó, conservándose las otras tres, cada una de ellas de distinta planta, siendo ochavada la del primero, redonda la del segundo y cuadrada la del último. En el interior tienen estancias con bóvedas de nervadura ojival.

Otra de las torres que ha subsistido es la de la Malmuerta, de planta octogonal y coronada de almenas. Tiene una sala abovedada y desde la terraza se divisa un atrayente panorama.

LA MEZQUITA

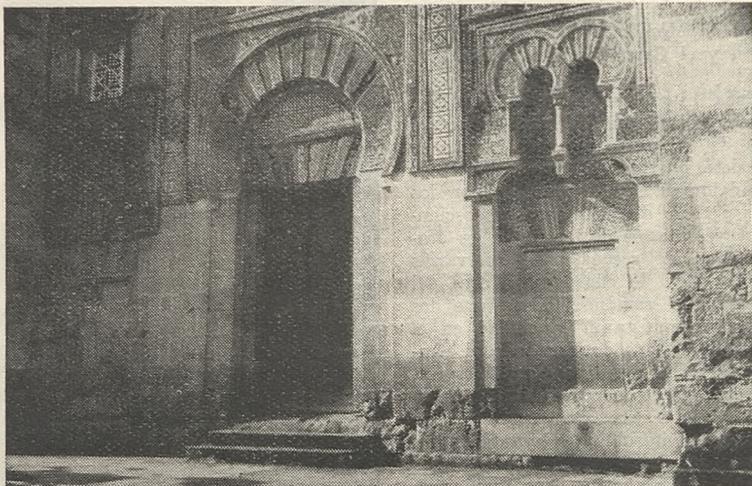
DE entre las numerosas mezquitas que hubo en Córdoba, y cuyo número algunos cronistas árabes hacen ascender a mil seiscientas, fue la mezquita mayor el templo más suntuoso, no sólo de la España musulmana, sino de todo el Islam.

Al producirse la invasión árabe fueron demolidas las iglesias cordobesas, quedando en

pie solamente una. Mas los conquistadores, siguiendo la costumbre de adueñarse solamente de la mitad de los templos cristianos si las poblaciones se habían entregado sin ofrecer resistencia, tomaron para sus prácticas religiosas la mitad de la que tenían los cristianos.

A causa del continuo crecimiento de la población musulmana, esta mezquita llegó a ser insuficiente, por lo que Abderramán I negoció con los cristianos cordobeses la compra de lo que habían dejado de su iglesia, permitiéndoles, en cambio, la reedificación de las que habían sido derribadas anteriormente.

En el terreno que quedó después de demoler el templo se levantó la mezquita mayor. Los sucesivos emires, y más tarde los califas de Córdoba, la fueron ampliando y embelleciendo. Los materiales más preciados se emplearon en las obras y los más afamados artistas del Islam, unos andaluces, otros de Oriente, trabajaron en su ornamentación. Hábiles albañiles levantaron los arcos, en cuyas bóvedas puede verse el origen de las crucerías góticas, que apoyaban en columnas de las más variadas clases de mármol, cuyo número algunos autores árabes hacen llegar a un millar y otros lo elevan a mil cuatrocientas.



Medina Al-Zahra (Córdoba)

Decoraron los muros y los paños de los arcos con figuras geométricas de mil caprichosas combinaciones. En el techo, de planchas de mármol finamente labradas, esculpieron estrellas hexagonales y octogonales, trazadas con minuciosa exactitud. A través de orificios practicados en estas planchas pasaba la luz que iluminaba la mezquita, a la cual se ingresaba por veinte puertas, recubiertas con planchas de bronce bruñido. En el mismo lugar en que hoy se alza la torre de la catedral, levantaba al cielo su esbelta línea un alto minarete, al cual se ascendía por dos escaleras construidas en forma tan original que quienes subían por ellas, después de separarse en el arranque de ambas, no se encontraban hasta llegar al final.

En la última noche del Ramadán la mezquita presentaba un deslumbrador aspecto. Doscientas arañas de bronce, y algunas otras de plata, labradas por los mejores orfebres, colgaban del techo y de los arcos; las de mayor tamaño tenían mil luces, a las que se sumaban las de otras siete mil lamparillas distribuidas por todo el templo, que arrancaban reflejos metálicos a las pinturas e incrustaciones doradas de los muros y techos. Después de la expedición de Almanzor a Santiago de Compostela, de la que regresó victorioso, trajo gran número de cristianos cautivos que portaban sobre sus hombros las campanas de aquel templo, que, colgadas en posición invertida y pendientes de cadenas, sirvieron de lámparas. También se trajo las puertas de la iglesia compostelana que se utilizaron como techados en las naves que, para ampliación de la mezquita, mandó levantar el caudillo musulmán.

En un púlpito construido en sándalo rojo, ébano y áloe, con incrustaciones de marfil, en cuya ejecución un grupo de escogidos tallistas invirtió siete años, el imán leía los versículos del Corán en un ejemplar de tal peso que eran necesarios dos hombres para moverle, y que se guardaba en un estuche lujosamente decorado.

La mezquita fue consagrada como catedral cuando Fernando III conquistó Córdoba

en 1236. En los siglos posteriores se fueron haciendo obras para adaptarle al culto católico. En el XVI se erigieron el crucero y la capilla mayor, para lo cual Carlos V autorizó al cabildo. Cuando este monarca visitó Córdoba lamentó mucho haber permitido aquellas obras, y dijo: "Yo no sabía qué era esto, pues no hubiera permitido que se llegase a lo antiguo; porque hacéis lo que puede haber en otras partes y habéis deshecho lo que era singular en el mundo."

MEDINA AL-ZAHRA

DICE la tradición que una concubina de Abderramán III había conseguido reunir una considerable fortuna con los regalos que le había hecho su señor, a quien se la legó cuando murió para que con ella redimiese los cautivos musulmanes que hubiera en tierra de cristianos. El califa dispuso que se hicieran averiguaciones y no fue hallado ninguno. Entonces, una favorita del monarca musulmán llamada Al-Zahra, por la que aquél sentía un amor apasionado, pidióle que empleara aquella suma en edificar una ciudad que llevase su nombre.

El califa accedió a la petición de su favorita, y al occidente de Córdoba, en la ladera de una montaña, eligió el emplazamiento. Llamó a los arquitectos más afamados para que trazaran los planos y dirigieran las obras, y a los más celebrados artistas para que embellecieran aquella ciudad soñada que habría de eclipsar el esplendor y suntuosidad de los lejanos palacios de Bagdad y Damasco.

Pronto dieron comienzo las obras para las que el califa contrató gran número de obreros que, al decir de los cronistas árabes, se elevaba a diez mil. Un millar de especialistas trabajaba en las obras: albañiles, carpinteros, canteros, herreros, enlosadores, decoradores. Las caballerías para el transporte de materiales sumaban mil cuatrocientas, de las cuales un millar eran de alquiler y las restantes pertenecían a las cuadras del califa. Sobre sus lomos acarrearaban los materiales que, en cantidades inimaginables, se empleaban en la construcción. Cada tres días se consumían mil cargas de cal y yeso. De distintos puntos de Al-Andalus llegaban los materiales; el mármol blanco procedía de las canteras de la sierra de Filabres, en Almería; de Cabra, el mármol rosa; de las cercanías de Córdoba, el gris azulado, y el ónice vetado, de la región de Reygo, también de Andalucía. Las columnas venían de Cartago, de Sfax y de Ifriqiya, y el emperador de Bizancio regaló ciento cuarenta al califa.

Cuando los palacios estuvieron levantados parecía que se habían hecho realidad las maravillas de las "Mil y una noches". Innumerables salones, racetadas estancias, cuyas paredes eran de placas de mármol de diversos colores, guarnecidas con finas láminas de oro; alrededor de los paramentos corrían cenefas en las que se habían esculpido suras del Korán y kasidas de los más celebrados poetas del Al-Andalus, ensalzando al califa fundador de aquella maravilla. El suelo estaba cubierto con gruesas alfombras orientales y los artesonados de algunos salones estaban salpicados de piedras preciosas.

Las hojas de las puertas sumaban quince mil, y estaban labradas en los más finos materiales. Unas, recubiertas con aleaciones de hierro y bronce, maravillosamente bruñido; otras, tenían incrustaciones de marfil y ébano. Las tejas de estos palacios eran de oro y plata, colocadas alternadamente o combinando un sinfín de figuras geométricas.



Una puerta de la Mezquita (Córdoba)

El recinto de la ciudad medía unos mil trescientos metros de largo por setecientos cincuenta de ancho. Estaba rodeada por un doble cinturón de murallas; las edificaciones se escalonaban en tres terrazas sobre la ladera de la montaña; en la superior se levantaron los alcázares; en la inferior la aljama y las viviendas de dignatarios y servidores; el espacio libre entre ambas, que a su vez estaban limitadas por sendas murallas, se dedicó a huertos y jardines que eran auténticos vergeles. En aquéllos se cultivaban multitud de árboles frutales de las más variadas especies. En éstos, rosas, hortensias, nardos, lirios, jazmines, magnolias. Unos y otros, en la época de la floración, presentaban un aspecto maravilloso, deslumbrando con la infinita sinfonía de sus colores y embalsamando el aire con sus penetrantes aromas.

Desde el palacio se divisaba un espléndido paisaje: abajo, y en primer término, el terreno salpicado de huertas; más allá, el Guadalquivir; a lo lejos, la cadena de montañas de la Sierra de Córdoba, de la que, a lo largo de canales y acueductos para salvar los desniveles del terreno, venía el agua para el riego y para alimentar las fuentes que había por doquier, el murmullo de cuyos surtidores se oía entre la penumbra del follaje.

Bajo el espejo azul de las aguas de las albercas se veían multitud de peces de las más variadas clases y colores, para cuya alimentación se empleaban diariamente ochocientos panes. En las amplias pajareras de los jardines revoloteaban y piaban multitud de aves exóticas, alegrando los jardines con sus cantos y cuya fuga impedían tupidas redes. Las fieras bostezaban indolentes o rugían excitadas en el fondo de los fosos en que estaban encerradas. Nutridas bandadas de palomas, en rápido vuelo, surcaban el espacio.

Muchas eran las maravillas que encerraba el palacio de Medina Al-Zahra, pero entre ellas destacaba el estanque de mercurio emplazado en el centro de uno de los salones. En él se reflejaban los rayos del sol que entraban por las puertas y ajimeces. Y cuando el califa quería asombrar a alguno de sus visitantes ordenaba a un siervo que agitara el mercurio contenido en el estanque, produciéndose entonces una marea de brillos y reflejos con lo que parecía que el salón giraba alrededor del visitante.

Veinticinco años del reinado de Abderramán III y quince del de su hijo y sucesor, Al-Hakam, llevó la construcción de Medina Al-Zahra. Tan entusiasmado estaba el califa con su obra, que inspeccionaba personalmente los trabajos hasta el punto que dejó de asistir por tres viernes consecutivos a la oración en la mezquita. Y para sustituirle, cuando las obligaciones del gobierno de sus estados no le permitieran atender esta ocupación, nombró a su hijo.

Parece increíble que una construcción en la que se invirtieron sumas incalculables, en la que tantos artífices dejaron las muestras de su arte, desapareciera como tragada por la tierra. Cuando Almanzor llegó a la cima de su poderío confinó en Medina Al-Zahra al califa Hixam, y en sus mazmorras arrojaba a todo aquel que pudiera estorbar sus ambiciones. Al levantar este caudillo el palacio de Al-Zahira se trasladaron a éste todos los servicios oficiales, y con ellos los dignatarios y funcionarios. Empezaba el eclipse, que había de ser total y definitivo, de Medina Al-Zahra.

Las guerras civiles, las sublevaciones de los mercenarios bereberes, las invasiones almohávide y almohade, desvalijaron, incendiaron y arrasaron los palacios califales. Después la rapiña de la plebe fue haciendo lo demás y el paso de los siglos se encargó del resto, no quedando más memoria de ella que los relatos de los cronistas y los versos de los poetas andaluces.

Una Real Orden de 12 de julio de 1923 declaró monumento nacional las ruinas de Medina Al-Zahra, cuyas excavaciones dieron comienzo en 1910 y en las que, con algunas interrupciones, se ha venido trabajando hasta la fecha, adquiriendo además terrenos colindantes en los que se suponía que pudieran hallarse restos de las edificaciones.

LA TORRE DE EL CARPIO

SOBRE un cerro, en la villa de El Carpio, se levanta la torre de este mismo nombre, construida en ladrillo y sillarejo por maese Mohamed, el mismo alarife que se supone edificó el Alcázar de Sevilla.

La torre tiene unos veinte metros de altura y es de gruesos muros, en los que se abren ajimeces con aiosos parteluces de mármol. En su interior tiene diversas estancias con bóvedas ojivales. Estuvo circundada con un muro, que se desmoronó.

En el exterior de la torre hay un lápida que dice que la torre fue mandada hacer por el señor de Jódar, Garci Méndez de Sotomayor, y fue levantada por maese Mohamed en el año 1325. Garci Méndez de Sotomayor fue el tercer señor de esta Casa.

Tiene, además, otra lápida con una inscripción latina alusiva a don Fernando de Silva Alvarez de Toledo.

El señorío de Sotomayor fue elevado a la categoría de marquesado por Felipe II. En la actualidad es propietaria de esta fortaleza la Casa ducal de Alba.

CASTILLO DE ALMODOVAR DEL RIO

EL castillo de Almodóvar del Río, a poca distancia de la confluencia del Guadalquivir y del Guadiato, se levanta sobre un cerro de setenta metros de altura. El geógrafo árabe Abulfeda, que recorrió nuestra Península y escribió después un libro relatando su viaje, dice "que la plaza fuerte de Almodóvar, castillo grande y famoso, es la preocupación de los cristianos".

El castillo fue reedificado después que cayó en poder de Fernando III el Santo, y a principios del siglo actual sus propietarios llevaron a cabo una restauración, por lo que se encuentra en buen estado. Sus muros están flanqueados con torres defensivas; la del Homenaje, de veinte metros de altura, está unida al resto de la fortaleza por un arco o puente elevado. En su interior tiene una gran plaza de armas y se conservan asimismo muchos elementos de la fortaleza. Tiene sobre el muro dos escudos, uno de Castilla y otro de León, esculpidos en piedra.

Cuando Fernando III conquistó Córdoba, en el año 1236, el rey moro de Baeza se vio obligado a entregar varias plazas, huyendo al castillo de Almodóvar; pero no le fue posible llegar a la fortaleza y fue asesinado por sus vasallos.

Don Pedro I de Castilla tuvo ocultos sus caudales en el castillo de Almodóvar, de donde los sacó para trasladarlos a Portugal cuando el pueblo de Sevilla se amotinó contra él. También estuvo encarcelada en Almodóvar doña Juana de Lara, mujer de su hermano bastardo don Tello, a la cual mandó trasladar más tarde a Sevilla, donde fue ejecutada.

En tiempos de los Reyes Católicos ejerció la alcaidía de esta fortaleza, por Real Cédula de aquellos monarcas, el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, cargo que luego desempeñó su hijo don Diego.

EL CASTILLO DE MONTEMAYOR

EL castillo de Montemayor, que se levanta en la cúspide de una colina, fue construido en el siglo XIII. La torre del Homenaje tiene almenas cubos en los ángulos, y el espesor de sus muros es de dos metros. La planta de la fortaleza es triangular. En el interior de la torre subsiste la estancia llamada de la Sultana, que conserva todavía restos de su primitiva ornamentación.

El patio de armas es también de forma triangular y tiene columnas de mármol que se dice proceden del Templo de Venus, de Sicilia, de donde las trajeron los romanos. Estas columnas tenían inscripciones dedicadas a Venus, que fueron borradas por mandato de la Inquisición, en el siglo XVI, por considerarlas inmorales.

El geógrafo Estrabón cita a Montemayor como una de las plazas en las que los hijos de Pompeyo pelearon con suerte adversa.

LEOCADIO ZAFRA

El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...

CASTILLO DE ALMODÓVAR DEL CAMPO

El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...

El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...

El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...

El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...

El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...
El castillo de Almodovar del Campo...

EL CASTILLO DE MONTANAR

El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...

El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...

El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...

TEODADIO XARRA

El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...

El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...

El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...
El castillo de Montanar...

1900

1900

BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital desembolsado 770.000.000 Ptas.
Reservas 2.011.000.000 »

CASA CENTRAL: Plaza de Canalejas, núm. 1

Sucursales en las principales localidades de la
Península, Ceuta, Melilla, Baleares y Canarias

Corresponsales en todo el mundo

Servicio especializado para las operaciones
con el exterior en su Departamento Extranjero

SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, número 68	Legazpi (Gta. Beata María Ana de Jesús, 12)
Atocha, núm. 55	Mantuanano, número 4
Avda. del Generalísimo, 30	Marcelo Usera, núm. 47
Avda. José Antonio, núm. 10	Mayor, número 30
Avda. José Antonio, núm. 29 (esquina a Chinchilla)	Narváez, número 39
Avda. José Antonio, núm. 50	P.º Gral. Martínez Campos, 35
Bravo Murillo, núm. 300	P.ª Emperador Carlos V, 5
Carretera Aragón, núm. 94	Pte. Vallecas (Avenida de la Albufera, 26)
Conde de Peñalver, núm. 49	Rodríguez San Pedro, 66
Duque de Alba, número 15	Sagasta, número 30
Eloy Gonzalo, número 19	San Bernardo, número 35
Fuencarral, número 76	San Leonardo, 12 (junto a la Plaza de España)
J. García Morato, 158 y 160	Serrano, número 64
Lasgasca, número 40	

Aprobado por el Banco de España con el n.º 4972

